El Motín

AÑO XIX NÚM. 40 — REDACCION Y ADMINISTRACION, RUIZ, 4, BAJO — 6 OCTUBRE DE 1900

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre **1,50** pesetas.—Ultramar y Extranjero, **10** pesetas año.—Número suelto, **10** céntimos.—Atrasado, **25**.—*Corresponsales*, 25 números, **1,50** pesetas.

¡A... PUNTEN!

Hace años que digo á cuantos me oyen, y deslizo la idea en EL MOTÍN, do que es imposible seguir como estamos; que no ya por nosotros, incapaces y dominados por pasiones pequeñas, sino por los jóvenes entusiastas y anhelosos de sacrificarse por la patria, hay que derribar el actual edificio republicano, al que venimos poniéndole puntales que no pueden contener su derrumbamiento. Es ya cuestión, más que de conveniencia, de honradez.

Y, no obstante, he vacilado mucho antes de decidirme á intentarlo; no por dudar de la necesidad y la justicia del acto, sino por advertir que algo mío va á mezclarse con los escombros.

Cuando se ha pasado la vida rindiendo culto á una idea, sin obtener ni las satisfacciones de amor propio que suele procurar el cargo alcanzado, ni los provechos debidos á todo el que constantemente trabaja; cuando sin otra mira que la de preparar el triunfo, se han perdido amistades y simpatías por decir lo que se consideró justo; cuando se han llevado tantas y tan valiosas ofrendas al altar; cuando se ha abandonado todo para dedicar entera la inteligencia y entero el esfuerzo á la labor política, sería duro y cruel descargar la piqueta del demoledor, sin sentir esa noble tristeza que invade el espíritu ante las ruinas de todo lo que fué grande. Se alzará otro edificio mejor sin duda, ¿pero quién puede sustraerse á la idea de que ha amado aquello que derriba, y que muchos de sus pensamientos, de sus deseos y de sus esperanzas van á quedar envueltos entre los montones de piedra y polvo?

Todavía, y á pesar de esta convicción, no diría yo nada, si supiera que iba á decir algo que no estuviese en la conciencia de todos, ó á mermar un adarme de fuerza al partido republicano. Mas seguro de que no diré nada nuevo, ni destruiré lo que desde hace mucho tiempo lo está, me lanzo á derribar el edificio ruinoso, en la esperanza, como ya he indicado, de que levantaremos uno más firme con sus materiales aprovechables. Pero ¿á qué hablar de este modo, si sólo voy á repetir en voz alta lo que todos, *absolutamente todos* nos venimos diciendo al oído desde hace tanto tiempo? ¿á qué estas explicaciones, que pudieran algunos tomar por disculpa del acto que voy á realizar, siendo así que me enorgullece el realizarlo, ya que lo considero decisivo para la vida del partido republicano?

Sin acrimonia, sin propósito de molestar á ninguno de los hombres que están á la cabeza del partido republicano, sintiendo hacia alguno de ellos gran simpatía, como lo saben todos los que me oyen hablar particularmente de Salmerón; contando entre ellos con algún amigo querido, que es Esquerdo, voy á decir lo que pienso acerca de los rumbos que la Unión Republicana toma, no con el fin de que los varíe, sino con el de que ella desaparezca cuanto antes, ya que por su tendencia, la manera como se ha formado y los hombres que están á su frente, viene sólo á perpetuar las rutinas que á tan lamentable estado nos han traído.

Sí; es necesario que sean eliminadas de los centros directivos las importantes personas que los vienen ocupando, para ver si otras logran realizar lo que ellas no hicieron. No es tenerlas en menos, no es desconocer lo que valen, no es dudar, no, de su amor á la República; es que la experiencia de muchos años, en connivencia con el instinto de conservación, nos aconsejan obrar en tal sentido. Porque no debemos olvidar esto:

Hay hombres que valen mucho, pero que no sirven para desempeñar determinados cargos. Nadie discute á Pí como escritor, ni á Salmerón, Azcárate y Muro como catedráticos, ni á Esquerdo como alienista; más aún; todos reconocemos que son eminencias en su género. Por esto, no deben molestarse si después de tantos ensayos fracasados y tantas esperanzas desvanecidas, les decimos: «Si no sirven ustedes para realizar los fines que perseguimos, ¿por qué ese afan de acaparar y monopolizar unos puestos que requieren para su buen desempeño condiciones que á ustedes les faltan? Si la política es labor que reclama todo el pensamiento, toda la energía, todo el esfuerzo y toda la voluntad, ¿no comprenden ustedes que, aun cuando realmente reunieran estas condiciones, no podrían por falta de tiempo responder á la confianza que en ustedes hemos depositado? Sus ocupaciones constantes y sagradas, (como que con ellas atienden á la subsistencia de sus familias), les llenan casi todas las horas del día, horas que serían pocas para dedicarlas exclusivamente á la labor política; ¿cómo, pues, se empeñan en dirigirnos? ¿No darían una prueba de nobleza reconociendo la imposibilidad en que se encuentran para preparar la acción, ya que no quieran confesar sus personales deficiencias para llevarla á cabo?» ¿O es que se juzgan tan injustamente, que temen perder toda influencia, si no desempeñan los primeros puestos en el partido? Temor infundado sería éste, que revelaría una modestia incompatible con los desplantes que á lo mejor, y sin venir á cuento, suelen tener algunos de ustedes.»

Y vamos á otro asunto.

Por todas partes no se oyen más que quejas y censuras y recriminaciones.

Los de arriba dicen: «Es imposible hacer nada, porque el pueblo no responde.»

Y los de en medio apuntan: «Estamos dispuestos á secundar las órdenes de los jefes, en cuya abnegación y patriotismo confiamos.»

Y exclaman los de abajo: «No vamos á ninguna parte, porque no se nos lleva, porque no hay quien dirija, ni quien impulse, ni quien se arriesgue.»

Y en medio, abajo y arriba, hay quien afirma: «Sin el ejército, no se puede ir á ninguna parte.»

Y así, echándonos la pelota unos á otros, disculpando la inacción propia con la ajena, descargando sobre los demás la parte de responsabilidad que á cada uno alcanza, y dispuestos (*de palabra*) á sacrificarnos, sin más exigencia que la de no ser los primeros, vamos todos caminando hacia la anulación después de haber rebasado la meta del descrédito, é inspirando, no ya odio, que esto honra, sino lástima, risa...

Y así no se puede vivir. Es preferible extendernos nosotros mismos la papeleta de defunción, á que la opinión nos la extienda. Si no estamos resueltamente decididos á seguir otros derroteros, es más digno decir: De los de arriba: «No responden cuando se les llama.» Y de los de en medio: «Se escudan con la pasividad de los de arriba para no hacer nada.» Y de los de abajo: «Han perdido la fe en los hombres y no están en condiciones de rendir verdadero culto á las ideas. ¡Basta, pues, de farsas!, ¡abajo todo!, ¡que viva únicamente lo que tiene derecho á vivir y perezca lo que hace tiempo agoniza!» Sí; es más digno eso, que seguir disfrazados de revolucionarios y de patriotas en este carnaval interminable.

Aun cuando resulte un poquillo duro, hay por fuerza que parodiar á Lucrecio:

O los jefes quieren y no pueden.

O pueden y no quieren.

O ni quieren ni pueden.

En el primer caso, deben retirarse por dignidad.

En el segundo, habría que echarlos por desleales.

Y en el tercero, inutilizarlos tan completamente, que jamás volvieran á levantar cabeza.

Mi opinión es que están incursos en el primer caso: quieren y no pueden.

Sí; yo no dudo que todos ellos, juntos y separados, hayan querido alguna vez hacer algo; y digo alguna vez, por ser públicas las declaraciones terminantes en contrario que en determinados momentos han salido de los labios de algunos, ya condenando los movimientos de fuerza, ya exigiendo requisitos tales para realizarlos, que equivalía á su aplazamiento eterno.

Y menos dudo aún, de que poseen todos cualidades sobresalientes; mas ¡ay! no sirven para lo que los necesitamos, esto es, para organizar, dirigir é impulsar un partido que lo fía todo, hasta su existencia, al movimiento, á la acción. Y lo declaro por creerlo así, y por no ofenderlos suponiendo que pueden hacer algo, y no quieren hacerlo.

El Directorio de la Unión (y aquí era donde quería yo venir á parar) convoca á un gran mitin en Madrid.

Esto, si no es ya burlarse abiertamente de los republicanos, pudiera obedecer al deseo de preparar los señores del Directorio su retirada, como la anunciaban, si los correligionarios no respondieren á su llamamiento, lo que quizá suceda.

¿Y qué de extraño tendría el que no respondieran? Se les ha llamado tantas veces por los mismos hombres para lo mismo, haciéndoles abandonar quehaceres, tranquilidad ó negocios, que lo lógico sería que contestasen ahora: «no vamos».

Pero, sí; acudirán: el mayor número, por la terrible fuerza de la costumbre; otros, por afecto á éste ó aquél jefe; algunos, por conservar así en sus localidades una sombra de influencia; no faltando tampoco quienes vengan sólo por farolear. ¿Pero cuántos vendrán con la esperanza que anima, con la decisión que fortalece, con la conciencia de que por esta vez su viaje no será perdido? ¿Cuántos, con el propósito de depurar esas responsabilidades que se derivan de la inacción, de hacer esos cargos que merecen las faltas de energía, de sustituir con otros á los tachados de tardos en el apercibirse ó cobardes en el acometer? ¿Cuántos, con la decisión inquebrantable de pedirles cuenta á nuestros diputados de su gestión en las Cortes, y á los miembros de la Fusión, de cómo usaron de las atribuciones que se les dieron? Porque si no vienen con estas esperanzas, estas decisiones y estos propósitos, valiera más que permanecieran en sus casas. De este modo no podría decirse que el partido republicano se compone de ocho ó diez tenores, barítonos y bajos fracasados y silbados, y de millares de comparsas que, cuando alguno de aquéllos canta con voz cascada: *¡Yo soy... Barba Azul!*, éstos gritan dócilmente: *¡El es... Barba Azul!*

Lo primero que ocurre preguntar, es esto:

¿Para qué el mitin y las conferencias reservadas que se celebrarán antes ó después? ¿No tiene el Directorio facultades para obrar en todos sentidos? ¿Por qué, pues, no ordena en vez de consultar? Pudiendo mandar ¿para qué pedir consejo? ¿O se trata de repartir la responsabilidad, si no de lo que se haga, de lo que deje de hacerse? ¿O se confía en que un probable desacuerdo cubra con su manto protector inconcebibles apatías? ¿Se quiere á toda costa llegar á esta conclusión: «el partido republicano deja de responder cuando se lo llama?» Pues nada de eso podrá conseguirse, porque no faltará quien lo estorbe. Y ese, seré yo.

Y diré más aún. Sabiendo que todos los republicanos estamos conformes en un punto, y que, por lo tanto, no es preciso consultarnos, ¿por qué, en vez de descansar los jefes y los diputados el verano último, no han recorrido las provincias, ó por lo menos las regiones, y allí, sobre el terreno, se han enterado de lo que hay, perorando poco, reorganizando mucho, sin exhibirse más que lo preciso, cual corresponde á políticos que realizan labor grande? Mejor se tratan ciertos asuntos entre dos ó tres hombres, que entre ciento; á mucho más obliga al honrado y serio la palabra dada á otro sin testigos, que el acuerdo tomado en votación nominal.

Pero, no; les ha sido más cómodo y menos costoso descansar y oxigenarse... ¿Para qué tomarse molestia alguna, siendo los republicanos tan buenos, tan candidotes, que acuden, no una ni dos, diez, veinte veces al llamamiento de los que en tantas ocasiones les han gritado: «¡al lobo! ¡al lobo!» como el travieso pastorcillo de la fábula?

No puede calcularse el hermoso efecto que hubiera producido en provincias, el ver que llegaba á cada una de ellas un exministro, un jefe, un diputado, y convocando á las dos ó tres personas que en cada una tienen influencia verdadera, se enteraba de lo que había, de lo que podía hacerse, de lo que convenía hacer, sin prestarse á recibimientos cachupinescos, ni aceptar banquetes ridículos, ni pronunciar discursos estereotipados, sino obrando en todo con la seriedad que correspondía á la misión que llevaba. Lo inusitado del procedimiento; la deferencia que el acto suponía hacia los que en último caso habían de hacerlo todo, hubieran abierto las bálbulas de la confianza, y al reunirse luego en Madrid los jefes, los diputados y los exministros, y cambiar impresiones, se habría encontrado cada uno sorprendido por el fructífero resultado del viaje de todos.

En vez de esto, han seguido ahora el sistema de siempre: «que abandonen todo y vengan aquí los republicanos de provincias; charlaremos en un mitin; tendremos conferencias reservadas, á voces; tomaremos acuerdos trascendentales, sin importancia; si surgen dificultades, porque ya nadie se fía de nosotros, amenazaremos con retirarnos; por temor á que se deshaga esta gran fuerza, negativa, que se llama Unión, nos suplicarán que nos quedemos; y después... Después lo de costumbre; reuniones del Directorio para discutir nonadas; alguna circular que otra sobre asunto baladí; y si en esto viniesen nuevas elecciones, á las urnas; seremos diputados otra vez»... Y, en fin, que los pichones han nacido para que los desplumen.

La segunda pregunta, es esta:

España ha pasado por pruebas difíciles y terribles; ha habido momentos en que la angustia era general; por el delito de no tener seis mil reales, era condenada á muerte la juventud española; el desastre de hoy preparaba el de mañana, y la vergüenza de ayer incubaba la de hoy. En aquellos instantes toda voz de esperanza hubiese vibrado potente en todos los oídos; todo grito viril repercutido hondamente en todos los pechos; toda actitud gallarda y valiente acaparado las simpatías y hasta el apoyo de la nación entera. Y, sin embargo, nuestros hombres callaron entonces; y cuando por excepción algo dijeron, fué tan bajo, y con miedo tal, que no se enteraron ni aun los que más hambrientos estaban de pan y de justicia.

Y pasaron las catástrofes en las Colonias; y los buques comenzaron á vomitar carne para rellenar los cementerios de España; y la miseria se enseñoreó más y más de esta desventurada nación; y los impuestos se encargaron de poner nuevos súbditos á las órdenes de la miseria; y esos hombres nuestros, que ocupaban altos puestos, socialmente hablando, y contaban con un gran partido, y eran diputados, y eran publicistas, y podían mandar y ser obedecidos, y tenían un nombre que cotizar para reunir dinero, é influencia para arrastrar las masas, esos hombres nuestros permanecieron mudos, ó poco menos, haciendo que hacían, sin dar ejemplos de abnegación de esos que arrastran, sin hacer sacrificios de esos que contagian...

Y ahora, sin que haya venido ninguna nueva catástrofe á sumarse á las anteriores, ahora que las energías están más agotadas y el excepticismo más pujante, ahora se acuerdan de que tienen deberes que cumplir; ahora se percatan de que España ha caído en la sima de todas las desventuras; ahora advierten que á los republicanos estaba encomendada una alta misión que no hemos cumplido. Y para cumplirla, y para salvar á España, y para dar ejemplo, no se les ocurre á esos señores otra cosa que celebrar un mitin, que á los tres días será olvidado, y unas conferencias, donde se tomen acuerdos que ellos serán los primeros en dejar incumplidos. Si esto no es tomar por juguete á los republicanos, y burlarse de ellos, y despreciarlos, no acierto á explicarme lo que es.

Y la última pregunta, por hoy, esta:

Si por la suspensión de garantías no se atrevieron á dar en tiempo oportuno el Manifiesto, á pesar de que contaba el jefe del Directorio con la inmunidad parlamentaria, ¿cabe suponer que esos señores tengan valor para intentar empresas más arriesgadas? ¿Cómo creer que afrontarán con ánimo varonil peligros grandes, los que tan cuidadosamente evitaron uno pequeño? ¿Qué confianza podrán inspirarnos los que, pudiendo atacar impunemente en las Cortes, han consentido que los monárquicos sean los que han hecho á ratos oposición ruda? ¿Qué han hecho en esas Cortes, lo mismo los ya veteranos en el cargo de diputado, que los soldados de las últimas quintas electorales? Nada que los distinga, nada que los señale á la opinión como hombres de indomable entereza. ¿Es que allí, por la trabazón de los intereses monárquicos, no se puede hacer nada? ¿Por qué van entonces? ¿Por qué no enderezan sus energías á fines más prácticos?

Y para concluir, esto:

Vengan otros hombres á la dirección del partido. El mantener en ella á los actuales, antes se tomaría por acomodamiento con la farsa, que por respeto y consideración hacia sus personas; más bien que por disciplina, por empeño mezquino en sostener procedimientos que todos consideramos ineficaces. Y esto que aquí digo, es idea antigua en mí. El día que se nombró el Directorio de la malograda Fusión republicana en Junio del 97, rogué al señor Salmerón que, para que ella fuese viable, no entrasen en él ningún jefe de partido ni ninguno que hubiera sido ministro; no atendió mi desinteresada indicación, y el Directorio nació casi muerto; incapaz para toda acción fecunda, arrastró vida lánguida, y murió del todo al poco tiempo, sin haber logrado otra cosa que aumentar la división y mermar la confianza entre nosotros. De sus ruinas surgió la Unión que hoy convoca al mitin, unión destinada á seguir la misma suerte, si no ratifica valientemente aquella línea de conducta, sobre todo en lo que á las personas se refiere.

A la altura que hemos llegado, hay que apartarse de todo lo rutinario, de todo lo que se ha ensayado sin resultado favorable, y acudir á procedimientos nuevos. ¿No se hace? ¿Continúan los hombres de siempre marchando por el camino de siempre? Pues á resignarnos á la desaparición completa en plazo breve; á no pensar ya más en reorganizaciones que pudieran dar algún día señales de vida poderosa; á reconocer que merecemos ser mandados por los jefes que nos mandan.

José NAKENS

La reforma del Código

«A mí me falta algo», te has dicho más de una vez, lector benévolo, en este último cuarto de siglo. ¿Qué era lo que te faltaba? ¿Salud, dinero, paz, el contento y la alegría de vivir? No; si experimentabas una sensación indefinible de vacío, sábete que ella provenía de la necesidad *que aquí se deja sentir* de poner el Código Penal en concordancia con la Constitución del Estado.

Corresponde el Código del 70 al sentido y espíritu de la Constitución de 1869. No casa con la del 76, que tiene de las instituciones fundamentales del Estado y de las relaciones de éste con la Iglesia un muy diferente concepto. Así lo ha afirmado Vadillo al inaugurar los tribunales. ¡Ah hipocritones! ¿Pues no veníais diciendo á boca llena que la legalidad vigente era una legalidad democrática? ¿No os declarábais, aun los más neos, convertidos á la religión de la virgen democracia? ¿Teníamos ó no razón para repetir uno y otro día que bajo la especie de carta otorgada ó pacto constitucional que nos rige, esa pretendida democracia era una gran mentira, y ni aun el sufragio universal lealmente practicado habría bastado á garantir la soberanía nacional?

Anunciada por Vadillo, fácil cosa es prever en qué consistirá la reforma. Se prohibirá atacar á la monarquía y decir de ella lo que de ella decir ordena el buen sentido. Se decretará de real orden un derecho político monárquico como se ha decretado una psicología espiritualista. Se falsificará la historia patria por respetos á la memoria venerada de Austrias y Borbones. Esto en lo que atañe á la monarquía. Por lo que á la Iglesia respecta, se penarán con duros castigos las censuras á los institutos religiosos de uno y otro sexo. Frailes y monjas serán declarados inviolables. Dominicos, franciscanos, agustinos, recoletos, concepcionistas, asuncionistas, madres de todas las adoraciones y hermanitas de todas las castas, obtendrán, mediante las sanciones del Código, verdadera patente de corso. Los jesuítas y las hermanas de la Caridad gozarán de especial privilegio. La mojigatocracia alcanzará existencia legal. Habrá que tentarse la ropa para hablar de la clerecía. Hasta el lamento será delito. Se nos comerán vivos y no chistaremos.

Muy necesaria es, sin duda, la reforma de nuestro Código. Pero no esa. La que la ley penal exige, es fundamental, radical. ¿*Por qué* se castiga, *para qué* se castiga? He aquí lo que el legislador debió preguntarse antes de poner sobre el sufrido papel la pluma pecadora. Mientras estos problemas no sean resueltos, toda penalidad carece de sentido. Se habla mucho de la arbitrariedad de la gracia; pero ¿es por ventura menos arbitraria la pena? Quien recorra el catálogo de los delitos y de los castigos que les asigna el Código, quedará asombrado de esa arbitrariedad. ¿Por qué seis meses, por qué dos años, por qué tres lustros? ¿A qué género de cálculos, á qué especie de principios ó de razones ha podido obedecer el legislador para señalar á este delito un mes de arresto, á esotro un año de prisión, al de más allá diez de reclusión ó de presidio? ¿Existe algo más caprichoso, más destituído de todo criterio y falto de toda medida?

Yo me figuro á los ilustres confeccionadores de nuestro Código Penal ocupados en la ingrata tarea de determinar la cuantía del castigo que ha de ser aplicado á cada especie de infracción. Los delitos van desfilando delante de ellos en formación correcta: traición, lesa majestad, rebelión y sedición, prevaricación y cohecho, asesinato y homicidio, aborto y adulterio, hurto y robo, injuria y calumnia.—¡Gran crimen!, exclaman á cada uno de estos nombres; ¡honda perturbación del orden social!—¿Qué pena le aplicaremos?—¿Les parece á ustedes bastante cuatro años de prisión correccional?—Es poco.—Pongamos entonces doce años de cadena.—¡Hombre!, eso me parece demasiado.—Pues partamos la diferencia; sean ocho años de presidio mayor, y no se hable más del asunto.—Consecuencia natural é indeclinable del eclecticismo que llenó la mente de aquellos caballeros, los cuales, en su deseo de lograr que la pena cumpla á la vez todos los fines, sólo alcanzaron en definitiva que no cumpliera ningún fin.

El antiguo dogma de la expiación pretendía que el criminal debía en justicia sufrir el propio mal que había causado. Era la teoría de la Escritura; ojo por ojo, diente por diente. Donosamente se hizo notar contra ella que la pena resultaba inaplicable á un tuerto que saca un ojo á su prójimo. El criterio era, con efecto absurdo; pero en fin era un criterio.

La teoría correcional, esa teoría cuya fórmula del derecho del delincuente á la pena ha hecho reir tanto á todos los que ignoran qué cosa sea derecho, afirma que el castigo ha cumplido su misión cuando ha logrado la enmienda del delincuente. Se ha objetado la dificultad de reconocer tal enmienda por signos exteriores. La medida será difícil de aplicar, pero es al cabo una medida.

Las doctrinas de la moderna antropología en-

Ayuntamiento de Madrid

señan que el delincuente es las más veces un loco, un neurótico, un desequilibrado, un impulsivo, un criminal por herencia, un alcoholizado, un enfermo. Proponen como remedio la curación ó la eliminación. El sistema puede parecer exclusivo ó inhumano, pero es en definitiva un sistema.

Poner en un libro un catálogo de delitos y enfrente una lista de penas, eso no es sistema, ni criterio, ni medida, ni nada. Es la arbitrariedad pura y simple. Es hacer las cosas porque sí, sin fundamento, sin razón, sin motivo, sin causa y sin sentido alguno.

¿Qué apostamos á que el bueno de Vadillo, con ser como es ministro de Gracia y Justicia, y á pesar de sus pujos de filósofo jurídico, no había caído todavía en una cosa tan sencilla? Es que media mucha distancia entre discurrir por cuenta propia y entrar en el profesorado oficial por el portillo de la auxiliaría. En todo caso, Vadillo no es el hombre que ha de poner remedio al mal. Dirá él que en todas partes sucede lo mismo, razón á la verdad poco concluyente. Dirá que reforma tamaña excede inmensamente de sus fuerzas, cosa que creemos á pies juntillas sin exigirle juramentos. Reformas más modestas hay en que puede emplear sus modestas iniciativas. Aun dentro del criterio, ó para hablar con entera propiedad, de la falta absoluta de criterio que ha presidido á la confección del Código, resulta éste pecando grandemente, tan pronto por carta de más como por carta de menos. Es, en ocasiones, desmesurado, draconiano, bárbaro; es en otra laxo, latitudinario, insuficiente. De su aplicación estricta, resulta castigado á veces con tres años de prisión el hurto de un huevo, y con cerca de quince años de cadena la enmienda fraudulenta de un billete de lotería. En cambio el que por lucro envenena al vecindario, el que saca á una criatura de un asilo para cometer con ella actos de salvaje crueldad, apenas recibe castigo. El Código es una red singular cuyas mallas prenden á los peces chicos mientras de ellas escapan los grandes delincuentes. Aquí se han perdido fortuna, colonias, leyenda y honor, y nadie hay por ello en presidio.

Subsane Vadillo estos defectos; corrija el abuso de la prisión preventiva que sufrió recientemente durante año y medio una pobre mujer, para ser luego declarada inocente; impida la enormidad de los sumarios que duran quince años, como el de los sucesos de Alcoy; modere el celo procesal de las autoridades judiciales, revelado por el inmenso número de los sobreseimientos; establezca las indemnizaciones que ha de pagar el Estado á las víctimas de las culpas ó de los errores de los tribunales de justicia, y habrá hecho obra mejor y más fecunda que remanejando el Código con sentido reaccionario ó entregando á los frailes la custodia de los presidios. Cuando él esto haga, capaces somos de declarar que, hasta en Derecho Natural, es su competencia superior á la de Prisco y Taparelli.

ALFREDO CALDERÓN

A continuación va la carta de Cucarella que ofrecí publicar en Octubre.

CARTA ABIERTA

Sr. D. José Nakens.

Querido amigo: Hace mucho tiempo que no he querido emborronar cuartillas para la prensa, por miedo á que mi pobre opinión fuese la tea de la discordia en la familia republicana. Tengo la costumbre, cuando escribo impresionado por algo que me disgusta, de mojar la pluma en hiel, y así resulta que digo las cosas tan ásperas y desabridas, que no todos los paladares las gustan por igual. ¿Ni á quién dirigirme puedo, ni cómo me escucharían los prohombres republicanos, si soy para ellos un cero á la izquierda? A usted sólo, querido Nakens, puedo dirigirme.

¿Qué hacemos los republicanos? A ver, que salga un republicano con vergüenza política. (Me dirijo á las alturas. Ya sé que entre el pueblo los hay, muchos y muy buenos.)

Señor Pí: ¿Podría usted decirnos qué papel hace en política, y para qué sirve? Dice la gente que es usted muy sabio, muy honrado, porque vive de su trabajo, (como si esto no fuera un deber), muy constante y muy firme en sus ideas. Bueno ¿y qué? ¿Para qué nos sirve á los republicanos todo eso? Con todo su talento y toda su virtud, ¿todavía no ha visto usted que España se muere y que no vamos á ser nosotros los redentores? ¿Y qué piensa usted hacer? ¿Lo mismo que hasta ahora? ¿No ve usted que no adelantamos un paso? Pues entonces ¿dónde tiene usted la vergüenza política?

Señor Salmerón: ¿Se puede saber para qué sirve usted? ¿Qué es lo que proyecta en vista de las circunstancias porque atraviesa el país? También se dice de usted que es muy sabio, muy honrado. ¿Y para qué nos sirve á los republicanos tanta sabiduría y tanta honradez? ¿Hace usted algo por la República? ¿Cuándo renuncia usted á ser algo para dejar libremente trabajar á los demás? ¿Nunca? ¿Es que sus egoismos personales son primero que la República? Pues entonces, ¿dónde tiene usted la vergüenza política?

Señor Esquerdo: ¿Cree usted que con lo microscópicas que van quedando las fracciones republicanas, se puede ir á alguna parte con el grupito progresista? ¿Por qué no disuelve usted su partido, y si éste se resiste á la disolución, lo manda usted á paseo? ¿Es que á un hombre tan serio y tan respetable como usted aún le halaga el jugar á jefes y á grupos? Pues si todo esto no puede usted negarlo, ¿qué papel desempeña en la política republicana? ¿Para qué sirve? ¿Dónde tiene usted la vergüenza política?

Señores Labra, Azcárate y Muro: ¿Qué hacen ustedes? Yo lo diré claro: estorbar. ¿Creen ustedes que la República viene con los discursos que ustedes pronnnecian en el Congreso? Veinticinco años de experiencia nos dicen lo contrario. ¿Qué piensan ustedes hacer? ¿Que se pierden las Colonias? Ustedes quietos. ¿Que los presupuestos nos agobian? Ustedes quietos. ¿Que se acerca el *Finis Hispaniæ*? Ustedes quietecitos. Bueno. ¿Pero es que el partido republicano no se ha creado más que para eso? ¿Dónde tienen ustedes la vergüenza política?

En suma, señores Directores de la política republicana: ¿Hasta cuándo vais á abusar de la paciencia del pueblo? ¿Cuándo os vais á vuestras casas? ¿Creéis acaso que hacéis falta en el partido? No seáis candidos. Si lo que hacéis es... sobrar. Voy á pediros un favor. ¿Por qué no os hacéis monárquicos? Yo creo que así vendría la República. Bastaba que la monarquía recibiera vuestro refuerzo para que desapareciera pronto.

Todas estas preguntas que acabo de hacer no serán contestadas, amigo Nakens. Son demasiado pequeños los prohombres republicanos para hacer algo grande. Prefieren lo propio y personal de cada uno, á lo general y de beneficio común. Pí no renunciará á su federalismo; enhorabuena; pero el federalismo no traerá la República. Salmerón no renunciará á sus deseos de hacerse con otro partido centralista, y, sin embargo, aunque lo consiguiera, no traería la República. Los demás no quieren renunciar á ser diputados, y saben que no han de traer la República. Y supongamos que ocurriera lo contrario. ¡Si la República, en último caso, no podría ser más que lo que quisieran las Cortes constituyentes!

Pues bien; si ellos no han de traer la República solos y aislados, ¿por qué no deponen su actitud y abandonan sus puestos, renunciando jefaturas inútiles y perjudiciales, disolviendo fracciones y mandando á sus secuaces que se unan sin distinción de clases y colores? ¿Cómo hemos de creer que sienten amor á la República los que nada hacen por ella? ¿No es hasta criminal, políticamente hablando, la conducta de esos hombres? ¿Y hemos de ser tan torpes los republicanos que no nos unamos dejando fuera á esos malhadados jefes que tienen ojos y no ven, pies y no andan, manos y no palpan, ú obligarles por la fuerza á que rasguen sus programas, á que destierren sus ambiciones personales en beneficio del ideal, que aparentan defender? ¿Es posible que haya un republicano siquiera que, conociendo estas verdades, se atreva á seguir á los estantiguas de nuestro partido?

Acabemos de una vez. Unámonos, fusionemonos ó coliguémonos, con la condición, precisa siempre, de no reconocer como jefes ni directores á los señores Pí, Salmerón, Esquerdo, Labra, Muro, Azcárate, Sol y Ortega, etc., etc., y es probable que adelantemos algo. De vez en cuando las brisas frescas de la revolución orean nuestra frente y animan nuestro decaído espíritu, y esos hombres no se aprovechan de la ocasión. ¿Qué hacen? ¿Para qué sirven, pues? Fuera lo que estorba. Se acabaron los ídolos. No los elijamos ya diputados á Cortes.

Renovemos la savia del árbol republicano á ver si da mejores frutos. Ganaríamos mucho si todos esos polichinelas de nuestro partido se fueran á la monarquía. Alguno de esos directores ha estado á dos pasos de ella. Usted, amigo Nakens, cuando tal cosa ocurre, sale al encuentro y procura en EL MOTÍN impedirlo. No lo haga usted más. Si quieren irse, que se vayan. ¡Si á nosotros nos estorban y perjudican! ¡Si son más enemigos nuestros que los mismos monárquicos!... Pues á enemigo que huye, puente de plata.

Pudiera, como *ultimatum*, nombrarse una comisión de republicanos que visitaran á esos hombres y les exigieran á cada uno una contestación clara y terminante de por qué no cambian de actitud. Si las contestaciones no nos satisfaciesen, publicarlas en periódicos y hojas sueltas, diciendo al pueblo la verdad, excitando á los republicanos á no reconocer como jefes, ni directores, ni siquiera como de nuestro partido, á los que no saben ni quieren cumplir con su deber; y formar una liga en la cual ingresaran todos los republicanos que se comprometieran solemnemente á despreciar en público y en privado á todas nuestras más *eminentes* nulidades.

Hagamos algo, en fin, para salir de este estado, ó de lo contrario, venga pronto la muerte; que yo prefiero morir, á vivir viendo tanta infamia, tanta vileza, tanto egoismo, tanta ambición, tanta pequeñez de miras...

Nos sobran mujerzuelas; queremos hombres.

Sabe es suyo affmo. admirador y amigo q. b. s. m.

PASCUAL CUCARELLA

Carcagente, 16 Junio 1900.

LA MISERIA

Allá, en el lejano barrio de torcidas callejuelas, el poeta habitaba un destartalado cuartucho. Nido de hambre y de martirio, sí, de martirio, porque mártir es el poeta aun siendo malo. Imagináos un asno sentimental é inteligente, un Apuleyo que desea rosas y no las puede conseguir porque los asnos no comen sino cardos, ó un *sapo* envidioso de la Diana de Falguiere, que se encuentra de repente ante un espejo, y habréis evocado la figura siniestra de esos *pálidos* que se empeñan en cantarnos el *hado* y los romanticismos que emigraron ya hasta de las cuerdas de la guitarra.

Pero... No, aquella parvada de versos locos y sublimes amamantados en los flácidos senos de la horrorosa miseria, necesitaban desparramarse sobre el papel que encima de la mesa sonreía con la risa blanca de lo inmaculado.

El poeta, en aquella noche de crudo invierno, con el estómago vacío y las manos ateridas y heladas, miró fijamente por el ventanillo de su buhardilla hacia el riñón de la gran ciudad donde emergían los palacios iluminados y dijo: «Para vosotros, los ricos potentados que ahora, en estos momentos de mi tristeza, os calentáis á la lumbre de la estufa y lleváis el estómago satisfecho; para vosotros, los poderosos, que despreciáis el harapo y os reis del verso sensible que canta el dolor; para vosotros voy á abrir la puerta de mi jaula á mis fieros aguiluchos; ya sentiréis el mordisco de su corvo pico.»

Y agarrando la pluma puso este título: *La miseria*. La buhardilla enmudeció, y en medio de aquel silencio se oía el arañar de la pluma sobre el papel y á veces un nervioso castañeteo de dientes. Las cuartillas se amontonaban unas tras otras, garrapateadas á la ligera por el incansable galope de la pluma... Las horas pasaban y pasaban...

Iba ya el poema á concluirse, cuando de pronto el grito inesperado de «¡No hay tinta!» hizo erguirse al poeta. Y aquel eco que resonó en las tinieblas como un gemido, era el grito del soldado que quiebra su espada en el combate, la maldición del mendigo á quien se le arrebatase el último pedazo de pan que come. Y entonces, como un león que se vengara á sí mismo, se hundió la pluma en un brazo, y empapándola en la roja tinta de sus venas, escribió triunfante sus últimas estrofas, bellas y atrevidas como bandadas de soberbias águilas.

PEDRO GONZÁLEZ BLANCO

LO QUE SE VIENE ENCIMA

Acabadas las vacaciones del estío, dispónese el gobierno á continuar la obra que dejó suspendida hace tres meses.

El rumor público, parte de la prensa nacional y algún periódico extranjero, han indicado ya algo referente á los propósitos del actual ministerio.

Todos coinciden, al apreciar la situación de España y la conducta que se disponen á seguir sus gobernantes, en que la primera es por demás desastrosa y la segunda encaminada á lograr el triunfo completo y absoluto de la reacción teocrática y jesuítica que viene preponderando desde que Silvela obtuvo el poder.

Para ello, como es natural, cuentan de antemano con el aplanamiento mortal del país, con la docilidad de la mayoría parlamentaria, con la complicidad de las minorías monárquicas y con la incapacidad de las demás oposiciones.

No cabe duda, considerando el grado de excepticismo en que se halla el pueblo, de que esos propósitos reaccionarios y liberticidas se cumplirán, ni de que muy pronto la vida se hará aquí imposible para los que no se amolden á la pauta que el gobierno imponga á todos arbitrariamente como método.

Dentro de poco tiempo, lo único vivo que queda, que es la prensa radical independiente y exenta de todo convencionalismo, desde donde aún suele alzarse alguna voz que clama contra los abusos infinitos del poder, lamentándose de la triste suerte que á la nación le ha cabido bajo el actual sistema, tendrá que sucumbir, no sólo ante las persecuciones y los atropellos que se le preparan, cada día más apremiantes y frecuentes, sino también, y esto es lo más desconsolador, ante la indiferencia glacial del país, que en esta etapa lamentable y vergonzosa de su historia, parece que ha perdido toda noción de dignidad y de carácter, al dejarse conducir mansamente por unos cuantos retrógrados, de cerebro ruin, que se han erigido en guías para llevarle á paso largo á una situación política, económica y social, trasunto de aquella que sufrió en tiempos del último austriaco Carlos II.

De todo esto, en buena lógica, no se puede culpar á nadie más que al pueblo.

No es, ciertamente, nada grato para los que por él y para él trabajan en la medida de sus fuerzas en esta ingrata labor de la prensa periódica, tenerle que acusar á cada momento de indiferente para sí mismo, y de desagradecido para los que en su defensa emplean tiempo é inteligencia; pero la verdad se impone siempre á toda conciencia recta, la lógica de los hechos consumados es irrebatible, la adulación servil y mentirosa á nada práctico ni honrado conduce, y en este concepto, ni por miras de conveniencia, ni por cálculos de otro orden, debe dejarse de decirle, que sólo su incalificable pasividad, su inconcebible amoldamiento á este régimen viciado, han sido la causa principal de que España, para escarnio de la civilización y el progreso, haya retrogradado después de la revolución del 68, hacia este estado social en que no se puede vivir materialmente, hacia esta reacción política que desconoce y niega por sistema toda libertad, toda justicia y todo derecho públicos, y hacia esta preponderancia de los elementos clericales, monacales y jesuíticos que ahogan todo destello de luz apenas brilla en cualquier parte, para que no ilumine la conciencia y la razón de las gentes.

Sí; hay que decirlo. Sólo por apatía, por rebajamiento moral, por falta de virilidad del país, se ha perdido en España todo lo bueno que restaba del pasado, se ha hecho vergonzoso é insoportable el presente, y se ha llenado de incertidumbres y negruras el porvenir, cuya conquista dejaremos, más que difícil, imposible, á la desgraciada generación que siga á la presente raquítica en lo físico y en lo moral.

En los actuales momentos y sin que en esto haya exageración ni exceso de amor propio por espíritu de clase, no debe vacilarse en afirmar que el día en que los pocos periódicos verdaderamente independientes, revolucionarios y anticlericales que hoy quedan diseminados por España sucumban, como no tendrán más remedio que sucumbir en este ambiente letal de egoismo y cobardía que asfixia, la reacción brutal y grosera habrá vencido el único obstáculo en que hoy tropieza y habrá conseguido el triunfo completo para vergüenza eterna de la actual generación española.

Esto es lo que se viene encima á paso rápido, si el pueblo, que es el único que puede hacerlo, no emplea pronto los medios adecuados para evitarlo.

JOSÉ CINTORA

LA REORGANIZACIÓN POLÍTICA EN ESPAÑA

ÚNICO REMEDIO PARA CONSEGUIRLA

Incurren en un error lamentable los que creen que en España puede operarse un cambio de situación que permita recuperar las fuerzas vitales tan inútilmente gastadas, y que ayude á salir de ese caos de miseria, de corrupción política y de desbarajuste administrativo á que nos están conduciendo los hombres de la restauración ó los llamados partidos dinásticos, con sólo que los españoles se decidan á vivir en paz, y se consagren, por completo, á las reparadoras y fructíferas faenas del trabajo.

Sería aceptable esta opinión si los grandes males que afligen á España proviniesen tan solo del agotamiento de fuerzas y de recursos, ocasionado durante el largo periodo de nuestras guerras coloniales; pero como las causas de nuestro malestar económico, de nuestra debilidad, de nuestra imprevisión y de nuestros errores provienen de los malos gobiernos que ha tenido la nación, la actitud pacífica y laboriosa de los españoles no puede proporcionar ese cambio favorable que el país reclama, toda vez que el vicio, el caciquismo, la rutina, la ineptitud y la corrupción desenfrenada, son el bagaje político de las viejas instituciones, y con semejante modo de vivir y de gobernar, sólo pueden ser felices en España los fabricantes de credenciales, los humildes servidores del trono, los aduladores, los títulos arruinados y de capacidad discutible, los toreros, los frailes y la empleomanía vitalicia, ó sean las eternas sanguijuelas del presupuesto.

Creer que con una turba de viejos reaccionarios, más aptos para el mangoneo y la rutina que para el estudio de los grandes problemas políticos, económicos y sociales, podremos llegar á constituir un gobierno capaz de promover el bienestar general y de reorganizar los diferentes servicios públicos sobre bases de moralidad, de equidad y de justicia, es una candidez de niño ó una majadería deplorable.

Los políticos de hoy en día, ya se tengan por liberales ó por conservadores, ya obedezcan las órdenes de Sagasta ó de Silvela, siempre seguirán siendo lo que han sido: *malos patriotas y peores gobernantes*.

Por ser malos patriotas se han empeñado en sostener, contra las aspiraciones populares, un régimen caduco y detestable; y por ser malos gobernantes llegaron para la nación sus actuales días de dolor y de infortunio.

Un régimen político que tiene por base la sola voluntad del jefe del Gobierno, y que pone obstáculos á toda reforma radical y progresiva; un régimen político que hace ilusorias todas las libertades, y que para mayor duración de los partidos en el poder convierte en vergonzosa farsa el sistema eleccionario; un régimen político que mantiene al pueblo sumido en la ignorancia, porque la ignorancia es hermana gemela de la servidumbre; un régimen político que en vez de fomentar y propagar la instrucción pública primaria, haciéndola laica, gratuita y obligatoria, fomenta el fanatismo y tiene más fe en el catecismo del P. Ripalda que en la cartilla del ciudadano; un régimen así, repetimos, bien puede calificarse de *moribundo*; y lejos de prometer bienes y felicidades para la patria, ahondará, cada día más, la fosa de nuestra pobreza y de nuestro atraso, y nos mantendrá á dos dedos de la bancarrota y del descrédito.

Esperar á que la evolución política y pacífica en España sea obra de la escuela, obra de la libertad de ideas y de creencias, ampliamente manifestadas en el club, en la prensa, en la tribuna pública y en el hogar doméstico, es tanto como señalar la hora de la redención de nuestro pueblo para el día del *Juicio*, por la tarde.

Si la gran masa del pueblo español estuviese formada por ciudadanos que supiesen dónde empiezan sus derechos y dónde acaban sus deberes, con gusto esperaríamos esa evolución pacífica; pero como en interés del trono y de los partidos que turnan en el poder está el que el pueblo sea siempre un *animal dócil*, y el que no tenga otras nociones de política que las que obligan al pago de gabelas y de impuestos, por eso es que creemos y afirmamos que las reformas *político-religiosas* que la nación necesita, sólo se conseguirán cuando el esfuerzo de la juventud ilustrada, unido al siempre potente de los hijos del trabajo, ponga un HASTA AQUÍ al elemento clerical y monárquico,—que es la rémora de nuestro progreso y el factor principal de nuestras desgracias—y cuando el pueblo, el verdadero pueblo, sea el que administre sus propios destinos é intereses.

Entonces vendrán al Gobierno nuevas inteligencias, nuevas energías, y nuevos hombres, ajenos á corruptelas y compromisos. Causa risa, por no decir indignación, cuando se oye decir á hombres que se tienen por serios é ilustrados, que España no está preparada para la vida republicana, y que tampoco hay, dentro del partido republicano, hombres que puedan tomar, con garantías de orden y acierto, las riendas del Gobierno.

Pero, señor; si el carácter, la energía, la ilustración y el patriotismo, fuesen patrimonio, en España, de los hombres viejos, de los hombres avezados y encanecidos en la política y en el gobierno; de los hombres de gran experiencia parlamentaria, ¿cómo es posible que hubiésemos llegado á un grado tal de desorganización, de miseria y de deshonra?

No; desgraciadamente, los recientes desastres nos han demostrado que esos hombres viejos, esos que pasan por lumbreras de nuestra política, no tienen otro título de qué ufanarse que el de haber enterrado nuestras gloriosas tradiciones, y el de haber colocado al país en la picota del ridículo, con sus marrullerías y sus torpezas.

Cuando los cubanos dieron el grito de rebelión en 1895, también se decía que eran unos bandidos, que en las filas de la insurrección no había hombres de prestigio, y que todo era una algarada promovida por aventureros.

Los hechos nos han venido á demostrar que los insurgentes tuvieron hombres, tuvieron militares, tuvieron diplomáticos y tuvieron habilidad bastante para hacernos perder nuestra soberanía y nuestros legítimos derechos en la gran antilla.

Cuando se declaró la rebelión en Filipinas, nuestros gobiernos tuvieron más fe en la influencia de los frailes que en las reformas que pedían los sublevados; y aún se hizo chacota cuando se supo que un tal Aguinaldo era el jefe de los rebeldes tagalos; y ese Aguinaldo, que en 1896 era casi desconocido entre los nativos de la isla de Luzón, resulta ahora siendo el Bolivar de la América del Sur y el Washington de la América del Norte.

Después de esto, ¿querrán decirnos los que sustentan la teoría de los políticos viejos y de los hombres experimentados, si en España tendrá el partido republicano hombres nuevos que puedan gobernar mejor, y sin tanta ceguedad y estupidez como lo vienen haciendo liberales y conservadores? ¡Vaya si los hay!

Lo que no hay en España son ciudadanos que sepan darse cuenta de la situación vergonzosa á que hemos llegado, porque si los hubiera, ni Silvela habría recogido la triste herencia de desdichas que dejó Sagasta, ni el pueblo que suda y paga los excesos y esplendores de la monarquía, viviría enclavado en una *Cruz de Oro*.

Sepa, pues, el pueblo, para quien escribimos, que el mal no sólo está en los hombres que gobiernan la nación; está en las instituciones que nos rigen. España es un edificio viejo, carcomido. Hay que desenraizarlo de la yedra que ya no deja pasar la luz por sus claraboyas; hay que destruirlo completamente, para que sobre los escombros de Cavite y de Santiago se levante una España nueva, libre y capaz de realizar todas las conquistas del progreso moderno.

A. P. ALVAREZ

París, 24 de Septiembre de 1900.

La voz de la razón

Sr. D. José Nakens:

Mi querido amigo: Muchas veces he cogido pluma y papel con ánimo de meter mi *pata* en el berengenal en que se revuelven los titulados R. S. y A., y otras tantas la he soltado por temor de insuficiencia, y por el de incurrir en desagrado de tanto *altruista*, como se da en esta ¿nuestra? desventurada patria... Yo quisiera convencerme de que las diatribas que sin cesar se lanzan á la cara A. S. y R. eran conscientes y fundadas en hechos incontrovertibles, y que tenían por objeto hacer alguna luz para poder llegar á entenderse. Pero... debo confesar ingenuamente que no he podido conseguirlo, y sí ver en todo ello, que si adrede se practica tan torpe rutina para que el enemigo, M. y C., vivan á sus anchas y acaben pronto de entregarnos á quien ó quienes nos quieran recoger, hay que confesar que tienen talento; mas como no es posible aceptar tal absurdo, hay que calificar á todos de imbéciles... Pues qué ¿se opondría una República *unitaria* tanto como la más democrática monarquía, á que los socialistas propagaran sus ideales y, llegado el caso, los implantaran? Creo que no. Y establecido este sistema, ¿no sería más fácil á los ácratas, simultáneamente con aquéllos, propagar los suyos y llevarlos á la práctica, una vez maduros?... Juzgo que sí... ¿Por qué, pues, no dejarse de quijotismos, y haciéndose para el caso todos republicanos, unirse y trabajar con decisión para implantar y sostener tal régimen, que, como queda dicho, en nada se opondría á la propaganda pacífica de más altos ideales? ¿No hemos de dejar de ser pequeños, mezquinos, cicateros, damiselas y hasta verduleros con nuestro suicida proceder? ¿O es que no vemos á dónde nos lleva la taifa de politicastros que nos trastean y estrujan?

Lo dicho para las indicadas agrupaciones, aunque por distinto sentido, es aplicable á las eminencias de la pluma; en vez de tantas atomísticas publicaciones, ¿no sería de mejor resultado en todos conceptos, un número mucho más reducido y bien nutridas de doctrina esplayada por los mismos publicistas?

UN PROFANO

El buen sentido habla por boca del querido amigo que no pone su firma al pie de ese artículo, ignoro por qué causa.

Prometo dedicar un trabajillo á ampliar una idea tan claramente expuesta.

LA UNIÓN REPUBLICANA NÚMERO...

Cuatro palabras sobre la misma, más que no sirvan sino para romper la indiferencia que la envuelve.

¿En qué consiste esa unión? Durante meses la manosearon, y por fin concertaron, según se dijo, algunos republicanos salientes de Madrid, á donde acudieron para sancionarla, en sendas Asambleas, otros de provincias.

Pero ¿cuáles son, qué dicen las bases ó acuerdos que informan ese concierto republicano? Leyóse, un día, en la prensa que la Asamblea republicana progresista las había aprobado; otro, que había hecho lo propio la de Fusión, y, después, que habían sido rechazadas por la de un tercer partido, entonces apenas nacido y cuyo actual paradero se ignora.

Con todo, en parte alguna han parecido esas bases, y aunque irán ya para viejas, nadie las ha visto ni conoce todavía. Pase tan completo y prolongado silencio, si es debido á reserva que impongan la importancia y trascendencia de tales bases de unión. ¿Mas por qué, si hubiese de atribuirse á la indiferencia y ningún caso que de ellas hicieran los mismos padres de la criatura? Porque, eso de que su conocimiento y divulgación dependa, según cierta circular mentada por la prensa, de que Silvela se canse de la suspensión de las garantías constitucionales en Madrid y Barcelona, tiene todos los visos de una escapada por

Ayuntamiento de Madrid

la tangente, pues como explicación del silencio guardado y mantenido, dista de ser satisfactoria.

Que hace ya meses se concertaron unas bases de unión entre los representantes de la Fusión y los del partido demócrata progresista, parece cosa cierta. Lo es, sin género de duda, que á la hora actual, ni los republicanos fusionistas, ni los republicanos progresistas saben en qué ó por dónde están juntos ó unidos unos á otros. Dijórase, cosa bien sencilla, que no conviene se den al público las bases de la unión que nos ocupa y holgaría toda curiosa pregunta, porque se impondría por sí mismo el respeto á la reserva. ¡Tanta ha de ser ésta, sin embargo, que alcance aun á los comités municipales y provinciales?

No es de extrañar que la ignorancia de lo que real y positivamente sea la tal unión, abra ancho campo á la conjetura. Así mientras unos suponen que, por ella, se amplía la Fusión, pues se ha adoptado común programa de principio y de conducta, quieren entender otros que, apesar de esta comunidad de programa, quédase haciendo rancho aparte cada grupo contratante. Y dice el buen sentido que si lo primero, salvo el alcance de las facultades ¿de una de las representaciones fuera aceptable, lo segundo peca de absurdo. ¡Dos partidos distintos, con organización y personalidad propias, con política y objetivo idénticos! De fijo que si eso fuese, se encontraría la causa, que sin contemplación habría de combatirse, en alguien que no quiso renunciar á su personal jefatura; lo cual equivaldría á tropezar de nuevo con el obstáculo que contuvo, muy en contra del interés de la República, el desarrollo de la Fusión.

Como quiera que sea, esperemos cosa mejor, mientras allá en Madrid se piensa en enterarnos. Los gestores y autores de esta unión, lo han sido de otras muchas, en cuyos fracasos deben haber aprendido la manera de realizar una que sea sólida y eficaz.

Mas si por acaso han perdido de vista que el resultado nulo de esas uniones no es indiferente á la política republicana, sino que, al contrario, la desprestigia, la censura acallará el aplauso que de buena gana quisiéramos tributarles, tan pronto nos den á conocer esos acuerdos, en virtud de los cuales, se dice, estamos unidos los republicanos de la Fusión y los republicanos progresistas.

Las cosas, hacerlas que sirvan, ó no hacerlas.

J. PLÁ Y MÁS

Barcelona 23 Septiembre de 1900.

Cátedras y catedráticos

(NOTAS ÍNTIMAS)

Hebdomadariamente desfilarán por esta nueva sección, todas las eminencias, excelencias y sapiencias que exhornan nuestros Centros Docentes.

No pedimos patente de invención, aunque seguramente descubriremos á no pocos desconocidos, resucitaremos á muchos olvidados, y hablaremos, como jamás nadie habló, de los ya consagrados é inviolables.

No guardaremos orden cronológico ni alfabético, porque no obedecemos á plan preconcebido, aunque comencemos, por razones de fácil comprensión, por los señores de la Central.

Y como no hay por qué dar más explicaciones, pedimos permiso y presentamos al señor

DON MARIO DAZA

(DEL DOCTORADO DE FILOSOFÍA Y LETRAS)

Es el señor de Daza
un sanscritista de *papel de estraza*
que en las oposiciones de sanscrito
no pudo alzar el grito
porque el señor de Sons y Castellu
le dejó chiquitín
(tanto que algún oyente
por poco no fallece de repente,
y aún dicen que el rector
del éxtasis fué *presa* y del temblor)

El señor Daza no es Daza á secas. Esto sería pobre y modesto, y mi antiguo dómine no es ni una cosa ni otra; *él* es burgués y sobre todo pedante. Así que es Daza de Campos. *Agreste*, que pudiera decirse... Daza es catedrático; pero no de instituto (¡*eso* á él!) sino de universidad, y no de cualquiera, sino de la Central, y dentro de ésta, no *así como así* de cualquier cátedra, sino de una del doctorado, la de *Sanscrito*, es decir, la que en cualquier país de por ahí, explicaría un Burnouf ó un Max Müller... ¡Y pensar que nuestro induista español no sabía leer los nexos sanscritos cuando tomó posesión del sillón doctoral!

Hoy Daza explica tan sólo á señores licenciados. Les comunica sus conocimientos en sanscrito con vistas á la defectuosa semigramática que dejó el señor Gelabert y les aturde con su erudición del género chico que aprende por las noches en cualquier diccionario de los baratos. Es un sabio oriental de guardarropía.

Luego, tiene la preocupación de no ser como los demás. Como los demás catedráticos se entiende. ¡Claro! Como que él es de *los otros*, ó sea de los que *penetraron* en universidad, de los que la *asaltaron*. (Examine si puede el maestro la raiz de estas palabras á ver si son sanscritas.) Pero él no tiene la culpa de todo esto; en último término le metieron allí como podían haberle metido en otra parte.

Cuando yo estudiaba doctorado de Filosofía—hace algunos años—ya llevaba él una porción de ellos explicando y todavía se equivocaba al escribir el alfabeto *devanagari*. Figuráos un maestro de álgebra que titubease al pintar los números; pues ese es Daza. Testigos son todos los doctores de hace unos años; que hablen ó nieguen (no negarán) que aquí estamos y están estas columnas. (Siempre que haya ortografía y sentido común, pues bueno es que haya de todo aunque sea entre doctores.)

Volviendo á Daza. Durante los primeros años no logró conjugar un verbo sin *colarse*.

Sus amigos le decían que era *corto*. ¡Y tanto! Como que no *llegaba*. Ni creo que ha *llegado* aún á... saber castellano, cuanto más sanscrito. ¡Cuidado si me dió malos ratos con el *empece* y el *óbice* y la *flexión sustantiva* y *adjetiva* y el *Taittiriya-sámhita!* ¡Por vida del *Taittiriya-sámhita!* Y digo yo ¿pero qué sabría de estas cosas Daza cuando no podía declinar un *tema vocalico* (sic) sin estudiárselo con premeditación?

Y no es que yo crea en los dómines aquellos de

quien bien conjuga y declina
sabe la lengua latina.

Todo lo contrario. Esos me recuerdan incontinenti á Nebrija, al imbécil Nebrija del que sólo se ocupa ya Menéndez Pelayo y sus secuaces, y con Nebrija me recuerdan también el Seminario, los palmetazos, Fernando VII, y la *Nana*, ó cosa así... Pero tratándose de Daza, joven de este siglo, con cerebro del pasado ó antepasado, ó sin cerebro *si se quiere*, la cosa varía. Porque ¡hay que verle sentado en cátedra, sudando sanscrito! Su clase está en el *solemne* salón de actos de la Facultad, donde se toman los grados ó donde se *dan*, que de todo hay; allí *do* se fraguan las oposiciones y *do* se fabrican los tribunales á gusto del ministro ó del Rector, y *do* el señor Daza dijo cosas verdaderamente tremendas cuando simuló sus ejercicios de oposición, y *do* las oyó también tremendas de boca de sus contrincantes, los cuales aún creo que echan chispas.

Y digo *simuló*, porque se probó que sólo se trataba de una mera fórmula, pues todo estaba... de parte del Señor. Remito al lector sobre éste y otros puntos á unos sabrosos artículos que aparecieron por aquel entonces en *La Justicia*. Allí se dijo todo; hasta lo más oculto. Pero como si nada. El contrincante de Daza, don Enrique Sons, se quedó en la calle—á pesar de ser catalán, que siempre sacan raspa—y no se quedó en otro sitio porque el señor Daza en lo académico es muy sufrido. Otro cualquiera lo mata, por lo menos.

Pero no debe protestarse de lo consumado. Daza, no obstante estar llamado á desaparecer como la forma poética, era necesario. ¿Quién iba si no á decir en serio lo que él dice sobre el origen poco menos que semítico del sanscrito y sobre el origen del habla («don etc., de la Providencia») y sobre la antigüedad del hebreo («lengua de Dios») y sobre los misterios de la fe?

Porque de esto es de lo que habla; que es como si en una clase de mallorquín le dieran la suave *coba* (origen ario) al alumno con el *Mahá-bhárata*, pongo por caso.

¿Por qué no hablaba allí el señor Daza en igual de ésto, de las relaciones entre la literatura india y la greca, ó entre la filosofía de Gotáma y Kanada—ya que se sentía á veces filósofo—ó de la semejanza pasmosa entre los mitos y creencias religiosas de aquellos países y las antiguas ó modernas europeas, ya que á veces se sentía Max Müller? ¿Por qué no hablar de esto y de otras cosas parecidas, más cercanas y propias de una clase de sanscrito que los cursis y vergonzantes capotes á lo tradicional? O ¿es qué esto es más difícil que adquirir una cátedra?

Insistiré. Hoy tengo que hacer hueco á mi compañero en esta primera labor de desbroce.

DOTT. ATIZZANDHO YESKA

DON JUAN ORTEGA RUBIO

El señor Ortega es catedrático de Historia de España en la Universidad Central á donde vino desde la de Valladolid, no sé si por ascenso ó por traslado, no sé si por méritos ó por deméritos, no sé si por *influjo físico* con conservadores ó liberales, ó por *mediador plástico* con escolásticos ó krasuistas, aunque sí sé que no por oposición ni mucho menos por sabiduría.

Indudablemente que habría para sumergirse en un mar de confusiones, sino estuviéramos en el secreto de que todo es juego de compadres, de comadres y de comadriones...

El señor Ortega es uno de tantos mediocres, de esos que encajan á las mil maravillas en nuestro molde social, charlatán con su miajita de estilo castelarino, y con ciencia suficiente para engañar á los *philistenes* recién llegados de los Institutos con el cerebro ahito de cosas por digerir, y limpios, absolutamente limpios, de toda ciencia.

Es un cursi con pujos de naturalismo. El señor Ortega se enteró, al parecer, de que esto *vestía*,—esto es el naturalismo—y no presume que todo *evoluciona* en el espacio y en el tiempo, como *le ballet volant* que hace algún tiempo actuaron en Apolo.

Figuráos que habla de Mesalina y dice: «...¡Qué mujeres!... ¡Qué mujer! Arrastrando su impudicia por las calles de Roma, como la más vil de las rameras; saliendo furtivamente del palacio de los emperadores para prodigar sus caricias á los esclavos, á los mismos esclavos, á los libertos, á los mismos libertos... ¡Oh, qué mujeres!»...

Figuráos que habla de la batalla de las Navas y dice: «La tarde iba á caer. (¡Encima de quién?) Se respiraba esa atmósfera caliginosa de los días estivales. El crepúsculo se anunciaba. (¡Como el petróleo Gall!) Ya el sol se hundía en las montañas azules... etc.»

Pues bien; figuráos á un pobre hombre que haya leído á López Bago y á la Concha Jimeno de Flaquer, y os habréis figurado al señor Rubio.

Explica, sin duda como homenaje de admiración, toda la Epoca Romana, con arreglo á las conferencias dadas en el Ateneo por don Emilio Castelar sobre la Civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo, conferencias que sabe *ad pedem littere*, según hemos tenido ocasión de comprobar en repetidas ocasiones.

Con decir que su Historia de España—dos tomos, que no sé lo que cuestan porque no los compré, aunque presumo que sean caros—es muy parecida á las novelas de Luis del Val, está dicho todo lo que en su elogio pudiéramos decir.

Padece *fobia* austriaca y al pobre Felipe II lo pone diariamente como ropa de pascua.

Casi me inclino á creer, que este rey era un santo varón, Mesalina pura y honrada, y el día de la batalla de las Navas el más *fresco*—¡menos que él, eh!—de todos los de aquel año de 1212.

Físicamente, es muy parecido el señor Ortega á Sancho, á Pantagruel y á un abad repleto de magras.

Para caricaturizarlo, pintaría yo uno de esos *grandes faroles*, de luz mortecina, que por la noche anuncian *buñuelos á céntimo*.

WIFREDO EL BELLOSO

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—**15 céntimos** uno.

Colección completa, **5** pesetas franca de porte y certificada,

Para los suscriptores á EL MOTÍN á **10** céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

Un brindis de Byron

La sombra de un recuerdo me acompaña
triste memoria de mis patrios lares,
y huyendo de ella me arrojé á los mares
y abandoné las costas de Bretaña.
De los Alpes conozco la cabaña,
del desierto habité los aduares,
y escucharon mis trágicos pesares
Italia, Grecia, Portugal y España.
¡Huye, memoria que mi amor recuerdas!
Fuí cantando doquier; oyó mi lira
y con su aplauso respondióme Europa.
Pero ya enmudeció: ¡rompí sus cuerdas!
¿La gloria... la ambición? ¡Todo mentira!
La vida es el placer... ¡Venga otra copa!

P. G. B.

MINUTA

La condición del mayor número sobre la tierra no es fácil, ni risueña, ni estable. No se pueden contemplar sin una compasión profunda tantas criaturas humanas llevando tan pesada carga desde la cuna al sepulcro, y, aunque no se permitan descanso, proveyendo apenas á las necesidades de sus hijos, de sus padres, buscando sin cesar, para lo más querido de nuestro corazón, lo más indispensable para la vida, y no hallándolo siempre, y aunque se halle hoy, sin seguridad de que no faltará mañana....

Es doloroso, muy doloroso, ver esto y pensar en ello, y es preciso pensar y pensar mucho; en olvidarlo hay grave falta y gran peligro...

Hoy, ocupándonos mucho, y con razón, de los sufrimientos y de las fatigas materiales, patrimonio de tantas criaturas, no recordamos bastante esos sufrimientos morales que son patrimonio de todos; esas pruebas, esas angustias del alma, desengaños, tedios, desgarramientos, todos los dolores, en fin, de esta dolencia universal del destino humano, tanto más punzantes, tal vez, cuanto el alma toma más vuelo y dispone de más tiempo.

Grandes y pequeños, ricos y pobres, hombres distinguidos y multitud, tengamos compasión unos de otros, compadezcámonos todos. Todos, avanzando por nuestro camino, vamos fatigados y con pesada carga. Todos merecemos piedad.

La merecemos hoy más que nunca. Es cierto que nunca las condiciones en que está el hombre han sido mejores ni más iguales; pero sus deseos van aún más de prisa que sus progresos. Jamás la ambición ha sido más impaciente ni más general, ni tantos corazones han sentido semejante sed de todos los bienes y placeres. Placeres refinados y placeres groseros, sed de bienestar material y de vanidad intelectual, deseo de actividad y de molicie, de ociosidad y de aventuras; todo parece posible y envidiable y accesible á todos. Y no es decir que la pasión sea fuerte, ni que el hombre esté dispuesto á tomarse un gran trabajo para satisfacer sus afanes; quiere débil, pero inmensamente, y la inmensidad de sus deseos le arroja á un malestar, en cuyo seno lo que ha conseguido es para él como la gota de agua que se olvida así que se bebe, y que incita la sed en vez de apagarla. Jamás vió el mundo semejante conflicto de veleidades, de caprichos, de pretensiones, de exigencias; nunca oyó tal ruido de voces que gritan todas á la vez para reclamar como de derecho lo que les falta y lo que les agrada.

GUIZOT

FRAILES FALSOS

Si de mis consejos hiciesen caso beatas y beatos, republicanos de solideo, liberales de sacristía, usureros ó hipócritas de todas clases y categorías, que por la propaganda religiosa se desviven y á las congregaciones místicas regalan, miman y protegen, atreveríame á encargarles abriesen mucho el ojo cuando á ellos se acercase cualquier santo varón sable en mano y limosnera en ristre, á fin de que no sean chasqueados en sus laudables propósitos, y timados de la manera más melosa del mundo.

La falsificación obra hoy prodigios á pesar de la creciente religiosidad de los españoles, y por eso no es extraño que nos atiborremos de harinas, azúcares, chocolates, leches, vinos, aguardientes, licores, embutidos y demás comestibles y bebestibles falsificados ó adulterados por la ambición de mercachifles y fabricantes católicos, apostólicos y romanos, para los que la fe es una cosa y otra cosa es el negocio.

Es más, tenemos políticos adulterados; dinásticos por conveniencia que mienten lo que no sienten; republicanos de similor por hacer el papel de enanos de la venta y darse pisto de terribles; socialistas de mogollón y otros entes que viven, comen y medran merced á la buena fe ó á la ignorancia, y frailes apócrifos que sableau de lo lindo al género memo sin estar competentemente autorizados para hacerlo legal, espiritual y materialmente como los verdaderos.

Quedaba sin falsificar la honorable y seráfica clase mendicante, manducante y andante, y viles imitadores se han atrevido á hacerlo.

Los devotos no sabemos ya si la peseteja que damos á trueque de una misa barata á los frailes, sacará á un alma del Purgatorio ó llegará á Santa Polonia para que nos alivie el dolor de muelas; ó bien si los jamones, pollos, gallinas, chorizos y otros *vegetales* con que henchimos las alforjas del lego, servirán para mortificación y penitencia de verdaderos siervos del Señor, ó para engordar á caballeros de industria, fieros lobos vestidos con pieles de mansos corderos. ¡Esto es horrible! Horrible y perjudicial para una industria santa que se ha desarrollado en nuestro país á través de los siglos, con gran contentamiento de los españoles holgazanes que con ella veían segura la ropa y la bazofia, amén del cuotidiano mendrugo repartido con sorprendente equidad en las puertas de los conventos.

Comprendo que la vida regalona de los frailes, las riquezas que recojen, la consideración y el respeto que disfrutan, sean incentivos que llamen la atención de esos hampones harapientos que trabajan y ayunan, sudan y revientan, y les inducen á vestirse el hábito para imitar á los santos varones en eso de manejar el sable; pero no comprendo que éstos se dejan sorprender y aflojen la mosca, siendo como son astutos y desconfiados.

¡Los frailes engañados! ¡Los frailes timados! ¡Esto es el colmo de nuestras desdichas! Esto es increible, y, sin embargo, véase lo que dice un periodista de Almería: «En el colegio de PP. Dominicos de Cuevas, se presentó hace varios días un individuo vestido con hábito morado y negro, que dijo ser lego de la asociación Josefina, fundada recientemente por el Arzobispo de Valencia, perteneciendo él á la residencia de Barcelona. Después de dar muchas explicaciones, dió el timo de varias cantidades, marchándose en seguida á recorrer algunos pueblos con el mismo objeto.»

Según otro periódico, la cantidad timada fué de 500 pesetas que los pobrecitos dominicos guardaban como oro en paño; mas al enterarse del engaño comisionaron al padre más *correntón* para la busca y captura del compañero apócrifo, al que el Padre torpedero dió alcance en Purchena, en donde le hizo trincar por la benemérita, para escarmiento de incautos que pretendan usurpar funciones, gajes y prerrogativas anexas al cargo de fraile en España.

Bueno; se ha descubierto un vividor apócrifo con hábito, ¿pero quién nos garantiza la legitimidad de todos los que sablecean á las viudas ricas, explotan á los ricos necios, milagrean por las aldeas, piden por montes y llanos, acaparan cien industrias, venden rosarios y amuletos, misionean por los pueblos y de todo sacan provecho? ¿No pueden aparecer mil, cien mil apócrifos frailescos que nos timen, roben, chupen y disfruten á su sabor y antojo? ¿En qué los hemos de conocer? Si al menos el Estado obligase á los verdaderos á comprar patentes por sus múltiples industrias, sabríamos á qué atenernos y estaríamos al cabo; pero no existiendo señas, marca ó divisa que distinga los falsos de los verdaderos, y trabajando unos y otros de la misma manera en la viña del Señor, creo lo más conveniente aconsejar á los fieles se abstengan de todo trato con los frailes. Por si acaso.

IGNACIO RODRIGUEZ ABARRÁTEGUI

SECCIÓN AMENA

UN AMO EN SU CASA

Dupont, que es el hombre más bueno del mundo, se afana por repetir, cuando no lo oye su mujer:

—¡Soy el amo en mi casa y allí nadie contraría mi voluntad! Tengo carácter; todos me respetan; mi esposa obedece sumisa; cumple dócilmente las órdenes que doy, y cuanto mando lo ejecuta sin replicar.

Yo desconfiaba de que fuese verdad lo dicho por mi amigo, como desconfío y desconfiaré siempre de aquellos que alardean á voz en grito de ser muy enérgicos, de matar á todo viviente que se atreva á moverse sin su permiso, ó de conseguir las mujeres á docenas; pues luego resulta que los primeros son débiles de carácter, los segundos reciben con extremada humildad los bofetones de cualquier desdichado que se amosca, y los últimos logran, á lo sumo, las caricias de alguna mugrienta fregatriz ó quizás de algún vejestorio.

No me equivoqué; el pobre Dupont se convertía en mansísimo cordero ante una mirada de su esposa, tratábala con mayor respeto que un soldado á un general, y le tenía más miedo que un niño al *Coco*.

Se le pudiera dispensar á mi amigo conducta tan pusilánime, si acabadito de obedecer ciegamente á su costilla, no aprovechase su ausencia para vanagloriarse de continuo, exclamando: «¡Soy el amo en mi casa y allí nadie contraría mi voluntad!

Cierta vez mandaron á Dupont papeleta convidándole á la boda de un amigo, pero la invitación no alcanzaba á su esposa, la cual dijo seca y rotundamente:—¡No irás á la boda!

—¡Sí, querida mía!—le contestó.—Te suplico que me permitas ir; se trata de un compañero de la infancia á quien no veo hace muchos años; ignora que me he casado, no te conoce, y por esta razón no te convida.

Dupont me obligó á que fuese en busca suya, creyendo que de esta manera habría su esposa de concederle la gracia apetecida. Cuando llegué á su casa á la hora convenida, Dupont estaba en bata y zapatillas.

—¡Cómo!—le dije—¿aún no te has vestido? Son las seis, ya termina la ceremonia en la iglesia, y apenas queda tiempo de presentarnos en la fonda antes de empezar el banquete. Vienes en seguida, ó me voy solo.

—Aguarda—respondió fingiendo que registraba por todos los rincones.—No encuentro la llave del armario ropero; hasta que vuelva mi mujer, no puedo ni mudarme de camisa... Mi mujer tardará poco...

—Bueno—añadí—pues yo me marcho. Ya parecerás por la fonda;—y abandoné al pobrecillo que, con bata y zapatillas, estuvo esperando á su mujer hasta las doce de la noche.

En otra ocasión se enamoró mi amigo de una casita de campo y deseaba comprarla. Me llevó á que la viese, y, efectivamente, era muy linda. Hizo muchos elogios de ella y le pregunté:

—¿La conoce tu esposa?

—No, pero como si la conociera. Le agradará por ser de mi gusto; y aun cuando opusiera algún reparo á la compra, *soy el amo en mi casa*. Y el bueno de Dupont examinaba la finca, diciendo...

—Derribaré esto... construiré lo otro... ¡oh! será un paraíso...

Me reía de tantos proyectos, y Dupont se empeñó en que al día siguiente comiera yo en su casa y hablara de las excelencias de la finca para que su mujer entrara en ganas de adquirirla, añadiendo:

—No te hago esta recomendación porque la juzgue indispensable; es mero capricho; quiero que mi mujer se crea iniciadora de la compra, y aparentar entonces que la complazco.

La señora adivinaba los más recónditos pensamientos de su esposo. Halló sin duda que éste se excedía convidándome á comer sin habérselo consultado, y dispuso tenerlo á raya para evitar nuevas libertades.

Con efecto, al día siguiente recibí una carta escrita por ella, diciéndome:

—No podemos gozar de su presencia en nuestra mesa, porque la cocinera ha enfermado.

Dupont no compró la casita, ni habla nunca de tal asunto, pero siempre repite: «Soy el amo en mi casa, y allí nadie contraría mi voluntad.»

DIOS PATRIA Y REY

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO
ORIGINAL DE
JOSE NAKENS

IOJO AL CRISTO

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO
ORIGINAL DE
JOSE NAKENS

Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO
ORIGINAL DE
JOSE NAKENS

Precio de cada uno: *1 peseta*.—Para los suscriptores á EL MOTÍN, *50 céntimos*.

CRÓNICA LITERARIA

En otra crónica os hablaba de la *bastardía* de nuestros literatos jóvenes. No tienen padres, os decía; su vida no es la suma de todas las vidas precedentes, ni el resultado de los impulsos recibidos; son gente aislada, sin tradición, sin fuego interior, sin armadura. Hoy quiero hablaros de otro estigma suyo todavía más desconsolador que el ya citado: *su esterilidad*.

Os decía entonces, que eran como ríos sin fuente, producto cenagoso del agua que se escurre de las peñas cuando llueve; tristes arroyos del momento que hoy corren y se secarán mañana; y ahora os digo que sus aguas pantanosas y encharcadas despiden miasmas deletéreos y depositan un limo corrosivo sobre los tallos de los trigos y sobre las raíces descubiertas de las yerbas. No solo *dejan de contribuir* á la obra de la vida, sino que la retrasan. Pensais en los grandes hombres de todos los tiempos y los encontrais hundidos hasta el cuello en las aguas calientes de la vida y braceando victoriosos entre las olas de los acontecimientos humanos. Cervantes, cautivo en Argel; Cervantes, prisionero en Argamasilla; Cervantes, siervo del Corazón de Jesús; Cervantes, amigo de los nobles y catador de la bazofia espesa de los conventos, es un luchador valiente y un trabajador constante de la vida. Su obra, con raíces en todas las capas sociales, se eleva enérgica á las alturas boreales de las síntesis radiantes y en ella todos tienen parte y la comprenden todos, porque la amasaron á la par del genio; y la humanidad y la tierra tienen predilección por las obras que un día ellas mismas engendraron. Moliére, provocador espléndido de la risa de sus contemporáneos; Shakespeare, tantas veces perseguido; Calderón, sacerdote del Señor y amador arrebatado y galante de las damas; Quevedo, conspirador, duelista, prisionero, místico, descreído, satírico, patizambo y de gallardo espíritu; Vinci, aristócrata, ingeniero, militar, pintor, y filósofo profundo; Dante, güelfo, gibelino, poeta, enamorado y escolástico; el Aretino, desvergonzado, triunfador, gloton, heroico y bien compuesto, toda la legión de los grandes hombres de todos los tiempos, se os presenta como pléyade de verdaderos *esposos* de la vida y de la tierra. Sus obras son el fruto de su vida. Tienen la pechuga blanca y palpitante descansando sobre las pajas fuertes del nido de la realidad. Han sacado de sus propios labios el hilo sutilísimo y preciado, donde quedan prisioneras, como encendidas moscas de brillantes alas, las ideas de su tiempo, y, arañas gigantescas, se columpian en medio su propia tela, gozosos de la luz, ardiendo bajo el sol, la panza enorme

Ayuntamiento de Madrid

hinchada de vitales jugos, y la cabeza sembrada de millares de ojos, con los que inspeccionan todas las cosas sin cansancio.

Estos hombres son *fecundos* y su obra vive después de ellos. En nuestro tiempo los artistas se han encerrado en capillitas microscópicas; se han constituido en *casta;* se han apartado de la corriente común y embriagadora de las turbas; se han llamado *hombres de estilo* y han disecado con especias olorosas un arte muerto por completo. Han negado la acción y han pretendido conservar el pensamiento. Son unos jardineros imbéciles y afeminados que besan las flores y se asustan ó reniegan de los frutos. Critican, satirizan, insultan y no pegan; hablan de la mujer, como cierto urdidor de comedias deliciosas, y no la aman; se dicen españoles y consienten que los gobiernos deshonren á su patria, la diezmen y se vendan sus colonias; son tal vez afrancesados ó germanizados, ó lo que sea, y todavía no han sabido provocar una revolución, donde por lo menos se produzcan una explosión de vida y un cambio de impresiones que conforten.

El café; la pandilla gitanesca; la vida trivial, estúpida, infantil del saloncillo y de las redacciones; las comidilla mujeriega de anécdotas insulsas; la bohemia viciosa; á lo más la conquista de sencillas peinadoras ó de grandes damas vulgares y carnosas, parecen satisfacerles por completo. Eu todos ellos nada que verdaderamente les *ilustre* y les distinga de los nobles hijos de nuestros nobles aristócratas, que se dedican á martirizar y *deslumbrar* á pobres mujerzuelas del arroyo. Asisten al festín de la vida como clientes vulgarísimos, sin hartarse á su sabor y sin besar á las grandes hembras tentadoras que les cercan. Están desengañados. Se han hecho atrás en el camino de la vida, y tísicos, enclenques, espíritus encanijados, se ríen con vacías carcajadas de los que siguen caminando sin cansancio.

Quisiera yo irritarles; quisiera ponerles en deseo de luchar, despertar en sus corazones un poco de amor á la vida, un poco de cariño á la grandeza y hermosura de las cosas. Todo inútil. Recibirán con risas mis palabras; y de mis sátiras reirán y reirán de mis desprecios, porque, en el fondo, también ellos se ven ruines y se desprecian.

¡Pobres estériles! Oigo vuestras carcajadas frías, nerviosas, y recuerdo las palabras del Antiguo:

«Y decid á los necios: vuestras risas se parecen al chirriar y al crujir de las espinas secas de los zarzales, bajo la olla que hierve sustanciosa...»

E. MARQUINA

EL COLECTOR

Se llama así en nuestras iglesias servidas por mucho clero, á un capellán encargado de administrar el ramo de las misas. En Valencia suelen llamarle el *Racional* (porque reparte las raciones de misas á los clérigos), y es ayudado en su oficio por otro colector pequeño, llamado el *Animero*, que entiende en la distribución de misas sueltas, *volanderas*, como se dice en las sacristías de Madrid.

Lo general en toda España es que sea uno sólo en cada iglesia el clérigo colector, cuyas obligaciones no dejan de ser complicadas, exigir aptitud, llevar aparejada responsabilidad y no poca tarea, peligrosa muchas veces, amén del odio y la desconfianza de los clérigos, casi sin excepción.

A pesar de esto, el oficio de colector es muy codiciado, lo que quiere decir que es muy productivo. Lo es, en efecto, pero á condición de no tener conciencia el que lo ejerce; y por triste que sea para un católico, no hay medio de negar que el colector concienzudo es un mirlo blanco, *rara avis* en la Iglesia.

La causa consiste, y tampoco es posible negarlo, en que ésta jamás supo organizar una verdadera administración. Casi todos los oficios eclesiásticos están instituídos de manera que son una tentación constante al robo, ya por tener peor pagados precisamente los que llevan consigo el manejo de intereses, ya por la irresponsabilidad ó sobra de arbitrariedad concedida á los que la desempeñan, ó por las dos cosas á un tiempo.

La verdad es que decirle á un sacristán: «vive con tres reales diarios de sueldo y las propinas, pero maneja la cera, el aceite y los cepillos; recibe limosnas para el templo, y tras otros menesteres semejantes», vale tanto como decirle: «roba cuanto puedas, porque bien ves que, si no lo haces, no podrás vivir con lo que yo, Iglesia, te doy».

Lo mismo es decirle á un clérigo: «no tienes más sueldo por tu ímprobo trabajo de colector que unos céntimos por cada misa de testamentos *(cuartas funerales)*, ó sea, cuando más, unos tres duros al mes; pero coje todas las misas que el público traiga, distribuyelas entre el clero, lleva tú las cuentas, entiéndete como puedas en ese *maremagnum*, sin otro peligro que el ser cojido en delito de estafa *con pruebas terminantes*, cosa dificilísima, dadas las circcunstancias de tu cargo. Además, á mí, párroco, dame todos los días, salga de donde salga, misa de la más cara, un duro, cuatro ó tres pesetas. Sobre esto dáme todas las misas de estipendio ordinario que yo te pida para mandarlas á los curas de pueblo, mis amigos, al capellán de monjas A, al fraile B, que tienen negocios conmigo, y á quien se me antoje; y ¡cuidado como no tengas remanente de misas atrasadas para cuando te las pidan desde el palacio episcopal!... En lo demás haz lo que te plazca si sabes borrar toda huella de gatuperio.» ¿Qué es esto sino decir: «roba, hijo, porque si no te morirás de hambre?»

Así tiene entre clérigos este cargo de colector antiquísima fama de ser oficio de ladrones, y llama *telonio* á la mesa de la Colecturía, y de hecho se reconocen al colector una porción de facultades arbitrarias y de franquicias que lo mismo se tomara él si no se las reconocieran, porque no hay manera de impedírselas según está instituído su cargo.

Es cierto que hay la costumbre de exigir fianza á los colectores en cantidad siempre menor que el dinero confiado á su custodia; pero esta fianza es á responder únicamente de los depósitos de misas oficialmente reconocidos; y á menudo es ilusoria, bien porque al obispo le da la gana de dispensarla cuando es el colector favorito snyo y él le da el cargo, bien cuando es hechura y compinche del párroco, y entonces ¡éste es quien pone la fianza!, con lo que ya queda dicho cuánto hay para fiar en su garantía y si será posible cojer al colector en un renuncio, siendo naturalmente cómplice, con peligro de perder dinero, el superior mismo.

Esto se explica teniendo en cuenta que la elección de colectores se hace por los párrocos mismos ó por los palacios episcopales, siempre en favoritos que convengan al interés de quien los elige, tengan, ó no, las cualidades indispensables: conciencia, pericia en contabilidad, fianza, etc., y mejor si no las tienen, porque así resultan más manejables y viene á ser el verdadero colector el párroco ó el palacio episcopal, cubiertos á la sombra del testaferro infeliz á quien premian dejándole robar alguna cosilla. ¿Se van enterando los fieles que encargan misas?

Facultades reconocidas de hecho á todo colector: Quedarse, para aplicarla él, con la mejor misa que caiga de las que vienen á la mano, ó volanderas. Los que tienen conciencia se reservan sólo aquellas que el público da sin determinar sacerdote, día, hora y altar; los otros, y son los más, engañan al donante, haciéndole creer que tal ó cual sacerdote es el que aplica la misa encargada, y en realidad el pobre presbítero la que aplica es otra de menos precio, o ninguna.

Otra facultad: guardar las misas más gordas para el párroco, para los coadjutores y para quien él quiera, tengan ó no señalado día, hora, sacerdote ó altar; al público y á su intención no se les tiene respeto alguno en las colecturías.

Otra: La de no dar cuentas ni al clero de la parroquia, ni al público, ni á nadie más que al párroco y á la secretaría episcopal.

Ahora calcúlese lo que puede hacer en esta posición un clérigo mal pagado y abrumado de trabajo, con estos deberes ó pies forzados y estas franquicias. ¿Que el párroco le pide misas de á duro y no las tiene? De cada dos de medio hace una de uno, y vamos viviendo, pues nadie ha de notar si se quedan sin aplicar las misas englobadas. ¿Que tres ó cuatro familias distintas quieren que se les aplique una misa á la misma hora, en el mismo altar, ó en cualquiera? Pues un solo cura celebra en dicho altar en la hora dada; cada familia cree que lo ha hecho por ella sola; el cura cobra un estipendio y los otros *al panteón*. ¿Qué en día de encargo general, esto es, pagadas todas las misas que se digan, todavía entran otras? Pues las toma todas el colector, engaña como puede á los encargantes, y vaya creciendo el fondo de atrasadas.

De ese fondo se queda él con las que puede (aquéllas por las cuales no le hayan exigido recibo) y así se cobra el hombre su ingrata labor; pero las misas aquellas no se dirán jamás. Y cuenta que no bajan de ocho ó diez diarias, para formar el valor de cuatro ó cinco duretes.

Cogerle *in fraganti* es difícil; pero si ocurriera, no tendría graves consecuencias, porque al clero no le convienen procesos de ese género que escaman al pueblo; y además el colector, una vez cogido y apretado, no sería mudo pudiendo ser tanto lo que dijera... Sánchez, Bajo y Podadera, ex colectores de San Martín, de San Antonio de los Portugueses y de San José respectivamente, podrán decir si mentimos.

Los que hayan conocido á un don Diego, colector antiguo de San Luis; á un don José, muy célebre, de San Martín; á un don Paquito, de San Sabastián; al P. Angel, de San Antonio del Prado; á Vizcaino, del Cristo de la Salud; á don Andrés, de San Gines, y á algunos otros que entraron en sus colecturías pobrísimos y salieron propietarios de importancia sin haberles tocado herencia, lotería, ni otra ganga fuera de sus exiguos emolumentos, pueden decir si es ó no exacta esta pintura nuestra del colector.

¡Ojo, pues, fieles devotos que encargáis misas; mucho ojo!

UNO DEL OFICIO

CÉLEBRE CONFERENCIA
DE
MR. LEON TAXIL
DADA EN EL SALÓN DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE PARÍS

Precio: *25 céntimos.*—Para los suscriptores de EL MOTÍN, *15*.

¡VENGA DE AHÍ!

En Francia, como en España, se revuelven los curas contra los obispos. Ya era tiempo. Las persecuciones, las injusticias y los atropellos que vienen sufriendo, tenían que sublevar al fin su dignidad de hombres.

Más de 800 curas se han reunido en Bourgos (Francia) celebrando un Congreso sacerdotal en el mismo edificio del seminario diocesano, para protestar de que la Iglesia se dedique á hacer esclavos, de cuerpo y alma; pues el obispo, mejor que de horca y cuchillo, es hoy señor de *fama y honra*.

«¿Qué quieren los obispos, exclama un clérigo ilustrado, que el clero continúe indefinidamente aguantando el látigo irracional que le hostiga y le precipita por la pendiente de la mayor abyección, hasta confundir el sacerdote con un maniquí, con un arlequín, con un pinche del palacio episcopal, con un negro del interior de Africa? Es inútil ya. Los sacerdotes nos ordenamos porque se nos tiene asegurado que en la Iglesia reinan la equidad, la justicia, el respeto á la ley, el espíritu cristiano. Esto nos enseñaron en las aulas; con esta condición abrazamos el estado eclesiástico. En la práctica ¿dónde está el espíritu cristiano que obliga al obispo, dónde la ley que ata su arbitrariedad, dónde la justicia que regula sus actos, dónde la equidad que administra sus bienes?...

En España, en Francia, en Italia, en todas partes, las quejas del clero son las mismas: ellas acreditan que los superiores eclesiásticos, en su mayoría, no practican lo que nos enseñan: el engaño es manifiesto: se toca, se ve, se come y se bebe. Luego hemos sido engañados...

Acudimos á Roma, los que nos atrevemos, y antes de llegar allí hemos sido ya víctimas de mil persecuciones; y al llegar allí, no hallamos siquiera procurador que se atreva á defendernos.

¿Qué hacer? ¿Habremos de soportar para siempre la injusticia? Si eso nos decís, responderemos: «está bien: padeceremos la injusticia; pero diremos al mundo que en la Iglesia no hay justicia, equidad, ley, ni caridad cristiana.» Y esto no lo diremos con las palabras: lo dirán nuestros sufrimientos, nuestros sollozos. Esto fuera irracional y contrario á la tradición de la Iglesia. Cuando la injusticia quiere entronizarse, se la combate: cuando se ha entronizado, se la derriba de su trono.

¿Qué medios servirán para conseguir este objeto? Dos procedimientos hay, legal el uno y revolucionario el otro. Si los prelados no consienten al clero que ponga en juego los medios legales, y por intentarlo se le persigue, no hay más que hablar: vendrán los medios revolucionarios con todas sus consecuencias.»

Este lenguaje en boca de un clérigo me pone fuera de mí de alegría. ¡Los curas sublevados contra los obispos, y no sólo en España, sino en Italia y en Francia!

Cuenten con EL MOTÍN esos barbianes para desahogar su bilis. Y si alguno se desliza en algún pecadillo sabroso, dígame: «yo soy de los sublevados», y cuente con la impunidad. Desde hoy concedo bula para no figurar en las *flores místicas* á todos los curas levantiscos.

¡Pues poquito que me gusta á mí todo el que protesta!

El águila y el mochuelo

APOLOGO

—«Por qué con raudo vuelo,
águila audaz, pretendes altanera
penetrar la alta esfera
y los secretos sorprender del cielo?
¿Por qué miras de frente
á ese sol, que me ciega y que me asombra?
Aquí baja y confiesa humildemente,
que el bien no está en la luz, sino en la sombra.»—

Así un torpe mochuelo desahogaba
su despecho envidioso é impotente
desde el antro escondido en que habitaba.
El águila le oyó; tornó altanero
el rostro al que le hablaba,
y con acento desdeñoso y fiero;

—«Calla, infeliz, (le dijo) la inefable
esencia del espíritu divino,
su progreso eternal á un fin sublime,
se refleja palpable
del mundo en el destino,
y á cada ser su condición imprime.
Cerca el musgo invisible
crece el olmo jigante,
cabe el insecto vive el elefante,
junto al guijarro el monte inaccesible.
En la suprema ley de la armonía
la sombra es tnya, mas la luz es mia.»—

Sí; ya la humana conciencia
sabe medir la distancia,
que hay de la fe á la ignorancia,
de la fe á la inteligencia.
Sin los divinos celajes
de esa gran fe inteligente,
aun fuera el mundo presente
horda feroz de salvajes.
Tal fué la fe de Solon,
de Sócrates y Platon:
ella dió sublime empleo
á Newton, y á Galileo,
á Guttemberg y á Colón.
Sí; la fe en el pensamiento
que se eleva al firmamento,
que penetra en el abismo,
y, lo que es mayor portento,
que se conoce á sí mismo.
La fe, cuya trinidad
Verdad, Belleza, Bondad,
tiende al progreso infinito
que há la libertad por rito
por templo la inmensidad.
Fe que á los hombres pregona
honor puro, virtud santa,
y que en una y otra zona
romperá, bajo su planta,
la tiara y la corona.
Alce su voz la conciencia
y aclame la humanidad,
ley, la razón; fe, la ciencia;
respeto la inteligencia
y culto la libertad.

GUTTEMBERG

EL AÑO 1000

Voy á hablar de los últimos meses del año 1.000, época fijada por la engañosa codicia de la Iglesia católica, como el término señalado á la duración del mundo. Gracias á esta infame truhanería, el clero robó los bienes de un gran número de señores francos, nobles aún más religiosamente embrutecidos, que ladrones y feroces.

Durante los últimos meses del año 1000, hubo una inmensa saturnal, en que se desencadenaron las pasiones, los actos más contrarios, más insensatos, más bufos, más atroces. ¡He aquí que viene el FIN DEL MUNDO! decían los sacerdotes católicos; San Juan Evangelista lo ha profetizado en el Apocalipsis: «Al cabo de mil años, Satanás saldrá de su prisión y seducirá á los pueblos que están en los cuatro ángulos de la tierra; el libro de la vida será abierto; la mar dará sus muertos; el abismo infernal dará sus muertos; cada uno será juzgado por el que está sentado sobre un trono resplandeciente, y habrá un cielo nuevo y una tierra nueva.»

«¡Temblad, pueblos! decían los sacerdotes: los MIL AÑOS anunciados por San Juan habrán pasado al fin de este año! Satanás, el Antecristo, va á venir. ¡Temblad! La trompeta del juicio final va á sonar; los muertos van á levantarse de sus sepulcros; el Eterno, en medio de relámpagos y rayos, rodeado de arcángeles con espadas de fuego, va á juzgaros á todos! ¡Temblad, grandes de la tierra! DAD VUESTROS BIENES Á LA IGLESIA para conjurar la cólera implacable del Todopoderoso. Todavía hay tiempo; será tiempo hasta el último de este temible año! Dad vuestros bienes, vuestros tesoros, á los sacerdotes del Señor, su imagen viva aquí abajo; dadlo todo á la Iglesia católica, santuario imperecedero de la divinidad!»

Aquellos señores, no menos embrutecidos que sus siervos por la ignorancia y por el miedo al diablo, esperando conjurar la próxima venganza del Eterno, escuchando la voz de los sacerdotes, daban á las iglesias tierras, casas, castillos, siervos, ganados, expléndidas vajillas, oro acuñado, ricas armaduras, suntuosos vestidos; daban hasta la camisa; después de lo cual se vestían un saco, se acostaban sobre ceniza, mendigaban un pañuelo de habas á la puerta de los castillos que habían cedido á la Iglesia, y cantaban en coro:

«Hemos robado, violado, martirizado, muerto; pero hemos abandonado nuestros bienes á los hombres de Dios, su imagen viva sobre la tierra: nosotros iremos con los justos ¡iremos con los ángeles!»

En cambio los hombres de Dios bebían, se divertían en francachelas, hacían el amor y se decían:

«Riámonos de los tontos, ¡cáfila de crédulos!; bebamos su vino, guardemos su oro, gocemos de sus cortesanas, atrincherémonos, armémonos en nuestros castillos fuertes y hagamos trabajar á sus siervos para provecho nuestro. ¡Sí, sí; el fin del mundo ha venido; pero es para los estúpidos, mientras que se abre delante de nosotros, sacerdotes del Señor, un mundo nuevo y espléndido!

EUGENIO SUE

MEDICOS Y ENFERMOS

El médico acaba de auscultar á un enfermo que está muy grave.

—¿Está usted contento en esta casa?—pregunta.
—Sí, señor.
—¿Cuánto le cuesta á usted?
—Dos mil pesetas.
—¿Es tranquila la vecindad?
—Mucho.
—¿Tiene agua?
—Sí, señor.
—¿Y el dueño, que tal es?
—Una persona muy amable.—Pero, doctor—dice el enfermo con voz débil,—¿por qué me hace usted esas preguntas?
—Porque me quiero mudar, y quizás esta casa me conviniera.

Un cirujano de gran nota se encargó de hacer á un desdichado una penosa operación.

Hízola, en efecto, con gran concurso de profesores y aficionados, y de tal modo cortó y rasgó y amputó, que cuando la operación quedó terminada y el operador se volvía con ademán triunfante hacia los concurrentes, se acercó á él uno de los ayudantes, y le preguntó:

—¡Señor! ¿Cuál pedazo del paciente hay que meter en la cama?

En tiempo del cólera un hombre muy aprensivo se encontró en la calle á un médico y le preguntó con ansiedad:

—¿Qué tal vamos de epidemia?
—¡Mal, muy mal!—contestó el Galeno.—Hoy no ha habido más que dos casos y mañana se cantará el *Te-Deum*. ¡Le digo á usted que esto es una perdición!

En la visita del hospital.

El médico, pulsando al número 27, borracho incorregible:

—Grave, grave—dijo volviéndose al practicante;—calentura altísima, sed ardiente: hay que combatir enérgicamente una y otra...
—Señor doctor, cúreme usted la calentura—exclamó el enfermo,—que la sed ya me la curaré yo.

Un doctor encuentra en la calle á un cliente y le dice malhumorado:

—Pero, hombre; le he salvado á usted la vida, y aun así no consigo que me page usted la cuenta de mis honorarios...
—¿Qué quiere usted?—contesta el acreedor con humildad.—Hay deudas que no se pagan con dinero.

—No beba usted tanto licor, decía un médico á un comandante retirado. La bebida abreviará su existencia.
—Déjeme usted en paz con sus consejos, le contestó el veterano. A mí me vá bien, y tengo sesenta y cuatro años.
—Pues si no hubiera usted bebido tanto ron, le iría mejor, porque ya tendría ochenta.

El doctor X. es tan mal médico como mal cazador, lo que no impide que todos los años se marche al campo durante un mes para pasarlo cazando.

—Es la única época del año en que no mata, dijo uno de sus clientes.

RELIGIÓN Y TEOCRACIA

«El partido republicano es un partido exclusivamente político, extraño, por tanto, á toda confesión religiosa, y al cual, por lo mismo, pueden pertenecer todos los demócratas, cualquiera que sean sus creencias, pero profesando con convicción inquebrantable los principios liberales; tiene el firme propósito de mantener la supremacía del poder civil en el orden jurídico y político, enfrente de las pretensiones de la teocracia, que aspira á constituir España en una excepción en Europa, y resolverá con un criterio democrático las cuestiones impropiamente llamadas religiosas, cuando son jurídicas y políticas, por lo cual en ellas entienden los parlamentos y no los concilios, tales como los relativos á la libertad de conciencia y de cultos, á la de enseñanza, al matrimonio civil, á la organización de los cementerios, etc.; todas las cuales implican la secularización, no de la sociedad, sino del Estado.»

El párrafo anterior pertenece al Manifiesto de la Unión republicana.

Está para mí tan enrevesado, tan oscuro, que no ha podido ni adivinar si, ateniéndonos á lo que en él se ofrece, podemos abrigar la esperanza de qué la República expulsará á jesuítas, frailes, etc., etc.

Ruego á los firmantes que me saquen de dudas, para los efectos consiguientes.

Lo que hay y lo que no hay

El *Heraldo de Murcia* pide limosna.

—¿Para quién?
—Para 586 asilados.
—¡Qué horror! Refiérame usted eso.
—Le cedo la palabra á el *Heraldo*:

«Lentamente agonizan en medio de los mayores sufrimientos 586 asilados.

No hay esperanza; la terrible agonía de la necesidad es el término fatal, necesario, previsto, de una enfermedad inexorable; el hembre.

186 pobres dementes, en el paroxismo del dolor, solicitan la muerte como la suprema gracia que pudieran ya aguardar de la humana piedad.

150 huérfanos de padre y madre completamente encanijados de tanto padecer, piden una mano bondadosa que les lleve agua y pan con que endulzar los primeros albores de una vida llena de privaciones.

250 ancianos decrépitos desean la muerte como el único desenlace que puede poner término á tanta tortura que sufren en el asilo del hambre.

¡Qué drama más sombrío!

¡Qué cosa más horrible! Agrupadas en torno de un refectorio donde sólo se veían mesas empolvadas por el tiempo, sin una miga de pan y un rancho que dar á tanto desgraciado, veíanse unas monjas que, aunque hijas de la caridad, no podían ejercitarla. Y ante las fervientes invocaciones del agonizante, ante las mudas, pero expresivas súplicas de aquella desolada familia, contentábanse esos ángeles de la caridad con mover lentamente la cabeza con ademán de profundo abattimiento y negación, diciéndoles: «¡No hay!»

¿Para quién no hay? Para los pobres para los inútiles, para los niños, abandonados, para los ancianos sin fuerzas...

Para los frailes, para las monjas, para los jesuítas, hay en España mucho dinero, muchas joyas, muchos palacios, muchas fincas, y para las fiestas religiosas mucho fausto, y para las imágenes de la Virgen riquísimas coronas...

¡Ah, se me olvidaba!

Lo que tampoco hay, son albardas suficientes para la mayoría de los que se llaman liberales.

Ni presidios que alberguen á los culpables de los asesinatos lentos que se perpetran en Murcia y otros puntos.

«*El Progreso* de Játiva censura duramente el que un cura, Silvestre Canet, ecónomo del pueblo de la Granja, propinase á una niña «tan tremenda dosis de salvajes bofetadas, que la criatura quedó con el rostro completamente amoratado y enormemente hinchado á consecuencia de los brutales golpes».

Yo no me atrevo á censurar al cura ese.

Me contento con felicitar á la niña por haberle ocurrido lo menos que podía ocurrirle cayendo en las manos que cayó.

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores á EL MOTÍN

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo.
LOS REYES CON MOTE, por «El Motín.» Con láminas.
LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, Ó LA VERDAD EN EL VATICANO discurso del obispo Strossmayer.
JUANA LA PAPISA, por Julio Fernández Mateo.
LA MUJER Y LA IGLESIA, por íd.
MÓNITA SECRETA, ó instrucciones reservadas de los jesuítas
LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por un presbítero.
¿CUÁL ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo «La paz,» de Lieja.
CARTAS DE TAYLLERAND al obispo de Clermont y al abate Maury.
CARTA DE TAYLLERAND al Papa Pío VII.
POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por «El Motín.»
LA MENDICIDAD Y LA IGLESIA, por Laurent.
MÁXIMAS INMORALES de los Jesuítas, sacadas de sus obras
MÁXIMAS PORNOGRÁFICAS de los Jesuítas, ídem, ídem.
CARTA A EUGENIA, por Frére.
O CATOLICISMO Ó DEMOCRACIA, por F. Laurent.
LAS SESENTA Y SIETE CÉLEBRES PREGUNTAS DE ZAPATA. Diridas á una junta de doctores, por las cuales fué quemado en alladolid en 1631.
CON LA JUSTICIA Y LA INQUISICIÓN... CMITÓN, por don Nicos Díaz Perez.
LA CARIDAD Y LA IGLESIA, por Ch. Potvin («Dom Jacobus»)
LA ESCLAVITUD Y LA IGLESIA, por ídem.
LOS MEJORES HONRTOS PIADOSOS, por «El Motín.»
CURAS Y AMAS, por ídem.
GRACIAS DE CURAS, por ídem.

Si dejase de ir EL MOTÍN á alguna población de las que ahora se envía, pueden los que deseen leerlo suscribirse directamente en esta administración, pues no será por culpa nuestra.

MADRID—IMPRENTA, ENCARNACIÓN, 4.

Ayuntamiento de Madrid